

Selecta



*Una muchacha
indecente*

Evelin Mordán

Una muchacha indecente

Los Kinsberly 4

Evelin Mordán

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



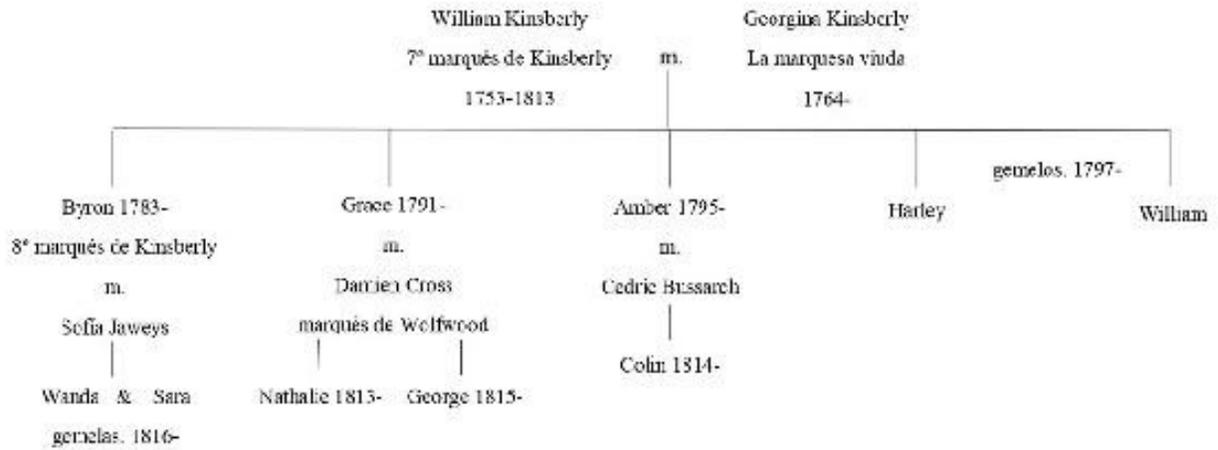
@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Solo una mente educada puede entender un pensamiento
diferente al suyo sin necesidad de aceptarlo.*

Aristóteles

La familia Kinsberly



Prólogo

Una visita a altas horas de la noche en una granja alejada de la civilización solo podía significar una cosa: malas noticias.

Conan dejó el pan sobre la mesa y salió apresurado en espera de lo peor. Cuando llegaba a uno de los caballos para tranquilizarlo y que detuviera el carruaje, la puerta de este se abrió de forma abrupta y unos pies calzados en unas botas de ante bajaron de un salto. La imagen de su tío, abatida y furiosa, se plantó ante él con el ceño fruncido.

—Quiero vino —gruñó.

Era toda una muestra de alegría al volver a verlo tras tantos años.

La última vez que lo tuvo delante, Conan tenía veinte años y había sido convocado a su lujosa casa en Londres para darle la noticia de que sería su heredero, pues a lady Valldhort se le había hecho imposible la tarea de procrear, y el conde se había dado por vencido en esperar un primogénito de su esposa.

Para él había sido una jarra de agua helada saber que tendría aquella responsabilidad en los años futuros (pocos, si el conde continuaba con su estilo de vida), pero era la única opción que tenía lord Valldhort. Y, a decir verdad, también era la única opción que tenía él.

Entraron en la casa y pidió al lacayo que sirviera a su tío del mejor vino que tenía en la bodega. La granja que había heredado de sus padres era humilde, pero él la había hecho dar los frutos suficientes para poder permitirse buenos vinos, algún que otro coñac escocés, y sirvientes que lo atendieran.

Lord Valldhort lo acompañó a cenar en silencio mientras la tensión del ambiente se difuminaba gracias a un estómago lleno y la sangre caliente por la bebida. El fuego crepitado en la chimenea, siendo el único sonido que ocupó el silencio durante los próximos cuarenta minutos.

—La granja se ve próspera —masculló el conde mientras retiraba el plato a un lado para ser recogido.

Conan alzó la vista hacia él, hacía rato que había acabado.

—Es de noche; no puede verse gran cosa de noche.

—No está ardiendo, eso me basta para saber que no has hundido lo único que tenía mi hermano. Tragó saliva antes de responder.

—Es lo único que tengo yo también.

No quiso decirlo como una réplica, sabía que su tío era muy fácil de provocar. Pero no pudo evitar endurecer el tono de voz ante la insinuación de falta de confianza para con su deber.

—Eso va a cambiar algún día —dijo lord Valldhort poniéndose en pie ruidosamente. Conan lo siguió hasta los sofás que adornaban la seria estancia—. Lo sabe todo el puñetero mundo menos tú, que sigues viviendo en esta maldita granja obviando cuanto puedes que vas a ser conde.

—No obvio nada, tío; me dedico a estar en el lugar que me corresponde hasta que eso suceda.

Una risa burlona lo hizo apretar los puños a los costados. El conde había tomado asiento en la butaca color verde en la que tantas noches había perdido el sueño pensando en el motivo de aquella conversación.

—Eres igual que tu padre —masculló por lo bajo al mirarlo—. Él también se consideraba el hombre perfecto, ¿lo sabías?

No se consideraba, lo era.

—Yo era un niño cuando murió, pero lo recuerdo.

—Claro que lo recuerdas; no dejabas de recordarlo en todos los años que viviste conmigo y tu tía.

—Vos me cuidasteis, y os estaré eternamente agradecido, milord.

Y era cierto.

Lord Valldhort podría haberlo enviado a cualquier centro donde creciera rodeado de reglas sin sentido y maltratos por no ser hijo de un noble con título, pero se había hecho responsable de él hasta que había tenido la edad suficiente para cuidar del hogar en el que había nacido.

—Es el momento de que hablemos de cómo vas a pagarme esa deuda, Conan —musitó, invitándolo a sentarse frente a él—. Eres un hombre independiente, y has vivido como tal todo lo que has querido, pero ahora te exijo que cumplas con el deber.

Él frunció el ceño, sin comprender. Hasta donde sabía, el acuerdo lo hacía responsable en cuanto su tío se fuera a una mejor vida en el otro mundo, pero estaba ante él, mirándolo muy concentrado esperando su reacción.

—Me temo que no entiendo, milord.

El conde hizo señas a uno de los lacayos que pasaba cerca del salón para que le llevara más vino.

—Quiero que dejes este campo y te vayas a la ciudad. —Levantó la mano con autoridad cuando Conan se disponía a replicar—. Eres un adulto y no tienes por qué obedecerme, eso ya lo sé. Pero estás en mi maldito testamento y hay una cláusula que te conviene saber si no quieres perder incluso esta propiedad cuando yo me muera.

¿Perder la granja?

Un fuerte golpe, como proveniente de la espalda, lo inclinó hacia adelante para poner mayor atención. ¡Nadie lo había informado de ninguna cláusula!

—Cuando fui hace ocho años a vuestra casa por última vez no me dijisteis ninguna condición para hacerme vuestro heredero —gruñó—, solo me pedisteis que dedicara mi vida a labrar una

reputación respetable para que, llegado el momento, nadie pusiera en duda que yo era el heredero indicado.

Lord Valldhort se acomodó en el sillón, que parecía demasiado pequeño para sus grandes hombros.

—¿Tienes miedo a que decida no darte mi título, Blascoow?

—Lo único que me importa es perder la finca de mi padre.

—¡Esta finca es mía, insensato! —gritó poniéndose en pie—. Todo lo que tenía tu padre fue cedido por mí, para que pudiera casarse y hacerse un hombre, aunque no tuviera ningún título.

—Nunca le hizo falta, milord —replicó en defensa de su admirado padre, difunto hacía tantos años. Quiso ponerse en pie para demostrar que no le intimidaba en absoluto el hecho de que casi todo lo que pisaba le pertenecía; aquella tierra había sido cuidada por él durante años, era suya en todos los efectos prácticos—. No veo necesidad de hablar de los muertos, tío —masculló con acritud cuando él volvió a sentarse.

Siguieron unos momentos de tenso silencio en los que Conan recuperó el control de sí mismo. Lord Valldhort, sin embargo, de pronto parecía más agotado que momentos antes.

—Hijo —susurró pausadamente—, debes ir a la ciudad.

Conan recibió de buen grado la muestra de afecto.

—¿Estáis enfermo?

—No más que el año anterior, y el anterior a ese —respondió—. Pero las cosas no son como esperábamos.

—Os agradecería que fueseis más claro, tío. Aquí en el campo no solemos hablar con tanto misterio.

El conde lo miró de reojo mientras recibía la copa de vino que el lacayo le brindaba. Cuando se hubo marchado y cerrado la puerta, continuó:

—Debes casarte —dijo—. Cásate antes de mi muerte, es lo más seguro.

Conan Blascoow contrajo el rostro en una mueca de desagrado que no pasó desapercibida a su tío. Pero fue sustituida por una risa vacía con la misma rapidez que había aparecido.

—¿Casarme? ¿De qué estáis hablando? No tengo título, aún no. Ninguna dama querrá casarse con un granjero del norte sin título alguno.

—Como has dicho: aún no.

—Pero...

—Has convertido Blascoow en un lugar próspero y rentable, no eres pobre, Conan. Solo necesitas lo que no tardarás en obtener y, para ese entonces, es mejor que ya estés casado.

Conan comprendía la situación: su tío se moría. Y no quería irse sin asegurarse de que haber dejado a su sobrino como heredero de su título había sido la solución para asegurar el linaje.

Su padre, el señor Conan Blascoow, había dado como único descendiente a un hijo que había llamado como él porque sabía que no tendría ninguno más. Su llegada al mundo había sido un milagro. Su tío, no obstante, no había sido capaz de procrear ni con su esposa ni con ninguna de

las queridas que había tenido. Aunque a lady Valldhort le habían confirmado que no era apta para crear primogénitos, Conan sabía con certeza que su tío tampoco lo era.

¿Casarse? Para él no había ningún problema en unir su vida a la de una mujer. Había sido educado para ello; para heredar y cumplir con todo lo que eso implicaba.

—De acuerdo —musitó—. Haré lo que tenga que hacer.

Y, sin más, Conan se vio envuelto en un sinfín de nombres de posibles damas que podían aceptarlo en su condición actual. Solo le importaba una cosa, pensó: si no podía casarse por amor, al menos se casaría con la dama más elegante y perfecta que pudiera hallar.

Capítulo 1

Londres, 1816.

El aire escapó de sus pulmones y no pudo recuperarlo hasta que Grace dejó de apretarle el corsé. Su hermana mayor distraía su mente de las palabras de reproche que repetía su madre, que se movía de un lado a otro, con los cordones blancos de la prenda. Harley cerró los ojos, mareada por un breve instante. Era muy difícil prestar atención a tantas cosas al mismo tiempo: intentar respirar y escuchar a la viuda lady Georgina Kinsberly cuando estaba enfadada.

Cuando los enérgicos pasos cesaron, miró sobre su hombro y la vio desplomarse sobre una butaca color carmesí que hacía la función de rellenar el tocador. Era curioso que estuvieran en su propia casa y no supiera que poseían ese diminuto mueble en el que apenas cabía una persona. El vestido verde esmeralda de su madre se esparció a su alrededor, cubriéndole las cansadas piernas por completo.

—Mamá.

Ella alzó la vista, con las fuerzas renovadas para volverla a castigar.

—No voy a permitir que sigas arruinando esta noche, Harley Kinsberly —masculló—. Vas a salir ahí y vas a comportarte como la muchacha decente que todos te hemos enseñado a ser.

Harley apretó la mandíbula.

—No ha sido para tanto, mamá.

La mujer viuda la atravesó con sus ojos azules como zafiros, era increíble cómo se podían llegar a oscurecer cuando se indignaba.

—Te has aflojado el corsé en mitad de un baile, niña... ¿¡Y me dices que no ha sido para tanto!?

Dicho por ella, parecía el peor crimen de los últimos tiempos. ¡No podía respirar! Aquel muchacho no hacía más que guiarla por la pista, siguiendo la cuadrilla que tocaba la orquesta en aquel momento, sin darse cuenta siquiera de que ella estaba al borde del desmayo. No tuvo otra opción que detenerse y tirar del cordón que alcanzó en la parte superior de su espalda, donde terminaba su vestido. Había sonreído como una boba sin darse cuenta de las exclamaciones de desaprobación a su alrededor, ni tampoco de la furia con que caminaba su madre hasta ella para sacarla a rastras de la pista. Tras ellas, escuchó breves e inteligentes disculpas formuladas por Grace, que logró que todo aquello pareciera un ataque de ansiedad de una joven que se había

excitado demasiado con la emoción del momento.

Un gran sentido de culpabilidad recorría su espalda. Se sentía avergonzada y no sabía si era una buena idea volver a salir de aquel tocador tan gustosamente decorado en el que nunca había estado más de cinco minutos.

—Madre —intervino Grace—, debes calmarte. Harley lo está haciendo muy bien, solo ha tenido un momento de nervios ante la situación. Todas las jóvenes se desmayan o sufren calores en su baile de sociedad.

—Pero no se intentan desvestir, Grace.

—Yo no...

—Te prohíbo que digas nada, Harley —la interrumpió poniéndose en pie—. Tienes suerte de que tu hermano no haya llegado todavía, o él mismo echaría a todo el mundo de aquí para darte una reprimenda como mereces.

Si segundos antes se sentía culpable, en ese instante se sentía la debutante más miserable de toda la ciudad, o quizás de todo el país.

Byron, el marqués más temido y respetado, su apreciado hermano mayor, había preparado aquella fiesta de cumpleaños para ella y para William, su hermano gemelo, con el objetivo de presentarla en sociedad y despedir a Will antes de marcharse a la universidad. Había planificado todo con una emoción poco común en él, que solo había sido capaz de asistir a un baile por la mujer que ahora era su esposa.

Como responsable de cada uno de ellos, se había prometido que jamás les faltaría nada que su difunto padre les hubiera proporcionado, y en esa promesa estaba incluida la mejor presentación en sociedad que la pequeña de la familia pudiera esperar. William, que marchaba pronto a buscar su propio destino al no poseer título alguno, estaba disfrutando del evento y llenando de orgullo a la familia Kinsberly al recibir varios cumplidos por parte de los invitados, que veían con muy buenos ojos que no se dejara guiar por poseer una gran fortuna o aceptara la oferta de Byron de pasarle el condado de Hallington que antes fuera suyo.

Ella, sin embargo, acababa de mancillar su propio nombre, y de crear una gran desilusión en el corazón de su familia. Daba igual si Grace había podido solucionar el incidente con el poder de la palabra que había poseído desde siempre; el hecho de que tanto su madre como su hermano mayor se avergonzaran de ella, la perseguiría por siempre.

—Yo hablaré con Byron —musitó—. Le explicaré yo misma lo que ha pasado, no quiero que nadie más hable por mí.

Grace la miró con un matiz de orgullo en la mirada, pero las palabras de su madre no fueron tan reconfortantes.

—Es lo mínimo que puedes hacer.

Asestando el último golpe, lady Kinsberly viuda salió del tocador sin mirar a nadie más que no fuera la imponente puerta que cerró con fuerza tras de sí.

El silencio se apoderó de la estancia unos segundos.

Entonces las lágrimas empezaron a escocer en sus ojos azules, y el esfuerzo por reprimirlas le hizo temblar todo el cuerpo. Sabía que su hermana continuaba con ella, y se negaba a dejar que la viera llorar. Ya no era una niña a la que no le importaba que la vieran derramar lágrimas de tristeza o de rabia porque Will no la dejaba jugar con sus pinturas, era una joven de diecisiete años a la que nadie era capaz de comprender.

Una joven que se negaba a ser como sus hermanas, como su madre, como sus cuñadas... Las adoraba, eso sí, pero detestaba darse cuenta de que representaban todo lo que exigía el código social. Cada una de las damas de su familia representaba la regla de comportamiento social en persona. Y a veces la superaba el sentimiento de que ella estaba fuera de lugar, de que nunca iba a lograr ser lo que esperaban.

—Harley, cariño —susurró Grace mientras se acercaba a ella—, no se lo tomes en cuenta; sabes que te ama. Solo se preocupa por ti.

—Se preocupa por el hecho de que no encontraré marido nunca.

—Acabas de empezar a buscarlo.

—Y, sin embargo, ya he firmado mi sentencia —masculló, sorbiendo por la nariz ruidosamente—. Ningún caballero se interesará en mí después de esto. Además —añadió fijando sus ojos en ella—, me has vuelto a apretar tanto el corsé que no puedo asegurar que no vuelva a hacerlo.

—¡Harley!

—¡No puedo moverme!

Grace suspiró con paciencia.

—Lo que para ti es moverse, para las personas que están ahí afuera es no saber estar; debes realizar los movimientos justos para que tu cuerpo sea visiblemente elegante.

Harley decidió dejar de escucharla.

Frente a ella estaba el espejo por el cual había observado el reflejo de su madre caminar de un lado hacia otro en la estrecha habitación, lo utilizó para hacerle un rápido repaso a su apariencia. Con que no había que moverse mucho, ¿eh? Si a ello le sumaba el ser tan pequeña, casi podría asegurar que pasaría desapercibida en los próximos bailes a los que asistiera. En ese ya daba por sentado que no volverían a fijarse en ella por muy acicalada que reapareciera.

Pero eso, pensó, no le importaba tanto como el momento en que le explicaría a Byron lo que había sucedido.

—¿Crees que Byron llegará pronto? —le preguntó a su hermana, que también repasaba su aspecto tras ella.

—De hecho, creo que ya está fuera. Mientras veníamos me pareció ver el cabello de Sofía.

Ella le creía, por supuesto, nadie mejor que Grace sabía detectar presencias en un baile. Habilidad que había adoptado cuando estaba enamorada en secreto de su galante marido.

Suspiró, alejando del todo cualquier rastro de lágrimas.

—Entonces no tengo nada que hacer aquí dentro, debo ir a buscarlo y explicárselo antes de que lo hagan las malas lenguas.

Grace murmuró algo parecido a que ya era demasiado tarde, pero estaba harta de las reprimendas por esa noche, así que la dejó hablando sola y escapó al exterior en busca del antes conocido como El marqués sin corazón.

Lo encontró hablando con Amber y Cedric en un extremo del salón. Desde donde estaba, pudo observar con claridad que él ya lo sabía todo. Una raya firme y decidida cruzaba su frente, volviendo su rostro más rudo de lo que era normalmente.

Pero aquello no la amedrantó.

Con paso firme, cruzó el salón donde momentos antes había causado revuelo. Las miradas de los invitados que seguían presentes se volcaron en ella, incluso pudo ver a algunas damas observar su espalda para comprobar que llevaba bien el vestido. Por suerte para ella, su hermana era una experta y la había dejado como nueva.

El murmullo de la gente la enfureció más de lo que ya estaba; todos los allí presentes eran unos cínicos.

Estaba segura de que ninguno de aquellos jóvenes estaba interesado en contraer matrimonio, pero, sin embargo, se vestían con sus mejores atuendos y asistían al evento porque, cómo no, se trataba de la familia Kinsberly. La mitad no alcanzaban los veinte años, y dudaba mucho que les interesara contraer matrimonio a tan pronta edad por estar enamorados de ella. Comenzaba a creer que el día que se casara sería por conveniencia de su querido esposo.

¿Quién iba a enamorarse de una mujer que no sabía comportarse en su propia fiesta de cumpleaños?

Pero, a decir verdad, nunca le había preocupado sobremanera.

Cuando conoció al lord Wolfwood, el marido de su hermana Grace, había quedado prendada de lo que podía llegar a ser un caballero. Se prometió que cuando se enamorara quería una historia como la de ellos dos. Sobre todo, una historia en la que el caballero fuera capaz de hacer todo por su amada, como había sido el caso de su hermana Amber. Pero, con el tiempo, se había percatado de que el mundo de lujos en el que había crecido no era más que una serie de reglas en las que no había perdón para quien las incumpliera. Ello la alejó de aquellas ensoñaciones de niña buena, y cada vez fue más difícil convertirla en una dama educada y decente como a sus hermanas.

Sin embargo, no pasaba por alto que su actitud lastimaba a más de un miembro de la familia, y ya no sabía a quién debía ser leal; si a ella misma, o a las personas que la querían tanto pero que eran incapaces de comprenderla.

Byron la vio acercarse cada vez más y no apartó sus ojos en ningún momento. La tensión en el aire se palpaba con la misma intensidad que sonaba la música de fondo... Harley sentía que caminaba hacia el peor de los verdugos.

Amber se llevó la mano enguantada a los labios, consciente de que, en lugar de ayudarla, acababa de hundirla más. Protector como siempre, su marido la sostuvo contra su costilla para que nadie se atreviera a reprenderla por haber contado algo que se iba a saber de todos modos. Claro que lo sabría, pero ella quería decírselo. ¿Por qué tenían que actuar en su contra? ¿Es que no se

daban cuenta de que se comportaban como sus enemigos? La juzgaban como el resto de la gente, la miraban acusativamente como todos los invitados. Ellos no debían hacerlo, eran su familia.

Las luces se nublaron a su alrededor y todo empezó a darle vueltas.

Por Dios, era su cumpleaños. ¿Cómo se había torcido todo de forma tan terrible?

Pues bien, todo había empezado nada más levantarse, pues no habían hecho otra cosa que recordarle que aquella noche debía comportarse. Después, todo había empeorado un poco más al recordar que, en tan solo unos días, su hermano gemelo se marcharía y pasarían muchos meses hasta que lo volviera a ver. Lo adoraba a la par que no lo soportaba; había sido su compañero de juego y de riñas, y se le hacía muy difícil darse cuenta de que se marchaba lejos de casa, donde ya no lo tendría cerca para pelearse o quererse. No había que olvidar el incidente del corsé y la reprimenda de su madre, pero algo le decía que el día se había estropeado incluso antes de ese momento. Hizo memoria, se esforzó en recordar mientras, de forma automática, los pasos disminuyeron la velocidad hasta casi desplazarse por el suelo abrigado. Y entonces el recuerdo llegó a su mente como un relámpago que te despierta en mitad de la noche.

Mientras esperaban a los invitados, William recibió el cariño y las felicitaciones de cada miembro de la familia. Harley recordaba los cumplidos de los invitados, pero en su mente no estaban las palabras de su familia. Sin embargo, sí recordaba frases como «recuerda estar derecha», «recuerda emitir risas bajas y delicadas, Harley», «esta noche debes comportarte como una dama»...

No la habían felicitado.

No habían hecho otra cosa que corregirla.

Su propia familia no la aceptaba.

Y entonces supo que Byron tampoco lo haría. Que no la comprendería y le diría tantas o más cosas feas que los demás. Su mirada se impacientaba y frunció el ceño al verla detenerse, pero, en ese momento, la orquesta entonó una nueva cuadrilla y las parejas se animaron a bailar.

Ninguno de ellos se atrevería a seguirla, eso armaría revuelo y todos los invitados se darían cuenta de que algo sucedía. Por eso Harley no lo pensó dos veces y giró sobre sus talones para escapar de aquella fiesta que no era para ella, sino para quien ellos querían que fuese. Casi podía jurar que Amber exclamó preocupada mientras su marido la retenía con él, y que Byron iba tras ella con el paso más tranquilo que era capaz.

Pero no le importó. Y cuando se dio cuenta, estaba frente a la fila de carruajes de los invitados decidiendo cuál coger prestado para escapar de allí.

La hilera de elegantes carruajes la invitaba a marchar donde nadie volviera a juzgarla nunca más. Estaba furiosa con ellos y consigo misma.

Con ellos, por ser como todos los demás, por no acordarse de que eran una familia y que debían

aceptarse entre sí tal como eran. Y, consigo misma, por haber permitido que Byron preparara aquella ridícula fiesta que únicamente le había servido para recordar lo poco que encajaba en la sociedad.

Pero, sobre todo, estaba disgustada por haber cumplido diecisiete años y verse obligada a exponerse ante el mundo. Era como comenzar una obra de teatro; una escena tras otra en la que los espectadores puntuarían desde su forma de vestir hasta su forma de reírse o hablar con alguien.

Ahora sabrían de qué era capaz, y quizás entonces recordaran quién era Harley Kinsberly: la niña que jamás pudieron dominar.

Justo dos puestos más allá, había un carruaje color negro azabache con bordes plateados y un blasón que no reconoció. Era una especie de fénix dentro de un círculo de plata. No era muy bonito, pero era el único que aún tenía al conductor en su lugar, pues los demás parecían haberse marchado mientras los señores disfrutaban de la fiesta.

Harley sabía lo que debía hacer; lo había visto hacer a su hermano miles de veces.

Caminó hasta el coche, ignorando el fresco aire veraniego que llegaba a esas horas de la noche y, aprovechando que el calvo hombrecillo miraba hacia otro lado, abrió la puerta y entró la mitad de su cuerpo. El conductor miró por encima del hombro, sorprendido quizás de que su amo ya hubiera regresado, pero antes de que pudiera verla escondió su pequeño cuerpo femenino en el interior del vehículo y golpeó en la parte superior del carruaje. Contuvo la respiración por un instante y entonces sintió que se movían.

Lo había conseguido. Solo había hecho falta pericia e ingenio para actuar como lo haría un caballero auténtico: sin dirigir la palabra a su empleado, dándole órdenes sin apenas tener que cruzar contacto con él.

El interior del carruaje estaba a oscuras. Se reclinó por instinto para apoyar la espalda y dejar escapar el aire contenido. Solo sería un rato, pensó. Antes de que fuera demasiado tarde regresaría y devolvería lo que no era suyo.

Con los ojos cerrados y el corazón en el pecho, una leve sonrisa se dibujó en su rostro; a veces ella misma se sorprendía.

—Debo admitir que no tiene usted aspecto de ladrona.

Una voz surgida de la nada la hizo erguirse de repente, mirando con los ojos bien abiertos en la negrura del coche. La exclamación de sorpresa que escapó de sus labios no era nada comparado con lo rápido que latía su corazón al comenzar a vislumbrar una silueta sentada frente a ella.

Entonces se dio cuenta de que no estaba tan oscuro, y que tampoco estaba sola.

—¿Quién es usted? —preguntó nerviosa.

El carruaje giró la esquina, dirigiéndose no sabía a dónde, pues ella no había dado ninguna dirección concreta.

—El propietario de este carruaje, por supuesto.

Propietario. ¡Oh, Dios! Un escándalo más para su colección: Harley Kinsberly pasea por el nocturno Londres sin carabina en el interior de un carruaje... ¡con un hombre!

Él pareció estar lleno de paciencia, incluso estar divirtiéndose con la situación, lo que calmó un poco sus nervios al comprender que no detendría el vehículo y la arrojaría a la calle delante de todos los pasantes. No obstante, aquello no la ayudó a explicar qué hacía ella ahí.

—Verá... —dijo—, estaba usted frente a mi casa.

Adaptada a la penumbra, comenzó a ver parte de su rostro con mayor claridad. Parecía un hombre joven, pues no veía barba en su mandíbula, y cuando alzó las cejas interrogativamente no se formaron arrugas en su rostro.

—¿Se refiere a la mansión Kinsberly?

—Sí.

—¿Es usted de la familia?

Ella dudó un breve instante.

—Sí.

Un ronroneo pensativo ocupó el ambiente. ¿Estaría él meditando si echarla o no?

—Dudo mucho que lord Kinsberly no posea carruajes esplendidos para cada miembro de su familia —murmuró más para sí que para continuar la extraña conversación—. Y tampoco creo que se haya usted equivocado al subirse en mi coche.

Ella se lo quedó mirando, sin comprender por qué estaban hablando sobre la riqueza de su hermano. El desconocido, mientras, no le quitaba la mirada de encima, intentando contestarse él mismo a las preguntas que parecían aparecer en su mente.

—No ha sido una confusión —le dijo—. Necesitaba irme, y el suyo era el único con conductor. Él asintió.

—Mis empleados son muy eficientes; no suelen dejar su puesto si estoy presente —masculló con ironía.

—No sabía que había alguien dentro.

—Lo he deducido en el momento en que la he visto entrar, señorita...

Ella lo miró con dificultad, sin comprender. Solo cuando él repitió la última palabra con invitación cayó en la cuenta de que preguntaba su identidad. Se había introducido en su coche sin permiso, lo mínimo que podía hacer era decirle quién era.

—Harley Kinsberly.

—¿Lady Harley Kinsberly? —le preguntó con un tono extraño en la voz—. ¿No era en su honor la fiesta de la que acaba de escapar?

Harley se reclinó aún más en el asiento, intentando alejarse todo lo posible de él.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo era un invitado, por supuesto —la informó—. Y me temo que no podré disfrutar de la fiesta porque la anfitriona ha secuestrado mi coche.

Olvidándose del comportamiento que tanto le reprendían, resopló y buscó su mirada en la penumbra.

—No se pierde nada. —Notó que el carruaje volvía a girar en dos esquinas más tras un largo

trecho—. ¿Dónde vamos?

El hombre dio un golpe al techo para que el cochero se detuviera. Harley casi entró en pánico al creer que lo haría, que le pediría que se bajara de su carruaje y que la dejaría como una ladrona ante todo el que pasara por allí.

—Kupet nos estaba llevando a mi casa, pero será mejor que volvamos a la suya antes de que este inesperado encuentro se convierta en algo de lo haya que arrepentirse.

—Lamento haberle causado molestias —susurró ella—. Necesitaba escapar un breve instante, irme lejos y luego volver. Aunque usted no hubiese estado aquí, antes de que terminara la fiesta su coche habría estado en el mismo lugar.

Ahora que se habían detenido, su concentración mejoró relativamente.

Pudo ver que, aunque no era un coche lujoso, su dueño sí que iba vestido como toda una excelencia.

El blanco de su corbata alumbraba el ambiente con elegancia, y el negro de su traje lo ocultaba más de su curiosa vista. Él también parecía estar estudiándola con interés; no debía pasar por alto que estaba a punto de entrar en su casa para ser un miembro más de la fiesta de cumpleaños.

—Pediré a Kupet que dé la vuelta.

—¿No va a presentarse?

Él sonrió.

—Conde de Valldhort, para servirle —dijo con gracia—. Conan, para los amigos.

—¿Valldhort? —preguntó con curiosidad, llevándose una mano a la frente—. Lo lamento, debo de estar confundida.

—No lo está, milady; el conde, mi tío, ha fallecido no hace mucho. Al no tener herederos, el condado ha pasado a mi persona. Nadie me conoce, no se sienta usted avergonzada. He vivido muy en el norte durante gran parte de mi vida.

—Oh, mi hermano sí debe conocerlo si recibió una invitación.

Lord Valldhort negó con la cabeza, gustoso de que el momento incómodo hubiese pasado. Estaba claro que no era una ladrona, que no iba a intentar matarlo y marcharse con su carruaje y su eficiente cochero, por lo que no había motivos para desaprovechar a la anfitriona de la fiesta a con la que tantas ganas quería asistir.

—No tengo ese gusto, pero esta era mi primera aparición en sociedad. Al igual que usted, creo.

Harley bajó la cabeza, recordando la reprimenda de su madre y la mirada furiosa de su hermano.

—Hoy cumplo diecisiete años —musitó—, así que puede decirse que era oficialmente mi presentación en sociedad, sí.

En el exterior, un carruaje pareció pasar a su lado y detenerse, algo que la puso tan nerviosa que él fue capaz de darse cuenta, incluso sin verla con suficiente nitidez. Harley le agradeció que cerrara todavía más las cortinas de las pequeñas ventanas y que no dijera nada hasta que el otro cochero reanudó la marcha.

Un suspiro escapó de sus labios con alivio; no sabía qué grande podía ser el escándalo si alguien la veía con aquel hombre dentro de un coche, a solas. Pero estaba segura de que nada sería peor que volver a casa esa noche y enfrentar la furia de Byron y los demás. Casi podía jurar que incluso Will, que nunca se metía con ella, le reprocharía haberse marchado.

—Por favor —susurró sin pensarlo—, ¿podríamos alargar un rato más este secuestro?

Lejos de negarse y acusarla de insensatez, lord Valldhort sonrió con diversión y volvió a golpear el techo. El coche se puso en marcha una vez más, y ella se lo agradeció devolviéndole la sonrisa.

Capítulo 2

Cuando Kupet reanudó la marcha y el traqueteo del carruaje en las empedradas calles de Londres llenó el silencio, Harley pudo ordenar sus pensamientos.

Ya no estaba asustada por su reputación al estar a solas con un caballero a elevadas horas de la noche, sabía que aquel hombre no tenía intención de ponerla en evidencia en mitad del paseo, si se podía llamar así, que estaban realizando. A simple vista se podía confiar en él, no veía malicia en su conformidad a que alargaran aquella escapada tan oportuna. Aunque las cortinas estaban cerradas y solo la costumbre a la penumbra la ayudaba a verlo, tenía la certeza de que con él estaba a salvo de su familia y de todo juicio del que había sido víctima esa noche.

No supo cuántos minutos habían pasado, pero estaba tan absorta en sus cavilaciones que él tuvo que repetir lo que había preguntado.

—¿No es usted muy joven para ser presentada en sociedad?

Esa era una pregunta que podía responder con facilidad, había sido bien instruida para saber qué contestar.

—Soy la única joven de la familia que falta por casar, y mi tutor ha considerado oportuno que, si mi hermano gemelo marcha hacia un futuro mejor, yo pueda empezar a buscar el mío.

—¿Su tutor? Tenía entendido que la viuda lady Kinsberly continúa gozando de buena salud.

—Así es, milord —musitó—, pero es mi hermano, el marqués, quien dirige ahora nuestra familia.

Un leve «Oh» se escuchó mientras ella inspiraba con profundidad; su madre estaría orgullosa de haberla oído explicar todo tal como le habían enseñado.

Mucha gente se mostraba reacia a que las mujeres de su familia hubiesen sido presentadas a una edad temprana en el mercado matrimonial. Pero lo que otros consideraban algo prematuro, los Kinsberly lo consideraban miedo a la rivalidad con que debían lidiar en cada ocasión que una Kinsberly se presentaba en sociedad.

No se consideraba la señorita más hermosa de la ciudad, estaba convencida de que incluso las que habían sido sus amigas antes de querer alejarse de ella eran mucho más bellas. Pero sí era cierto que, además de su apellido, tenía una gracia natural. No le hacía falta esforzarse por llamar la atención de los caballeros. Era deseada y despertaba curiosidad por el semblante serio que tanto la caracterizaba. Y cuando sonreía, más de un joven había perdido la cordura y olvidado la

decencia con tal de poseerla. Pero, hasta ese momento, Harley podía presumir con barbilla en alto que nadie la había besado. Ni si quiera un beso robado. Había sabido mantener a distancia los patanes que habían creído que su personalidad relajada y poco convencional significaba una puerta a lo indecoroso.

En realidad, no podía quejarse. Incluso antes de aquella noche en la que se pronunciaba oficialmente como una joven en busca de marido, había sido causante de varias proposiciones llenas de promesas de una vida en la que no le faltaría de nada.

Sin embargo, la mayoría de las veces su triunfo se había visto truncado en cuanto había sido ella misma.

—He oído hablar sobre su familia; Kinsberly es el apellido que más he escuchado desde mi llegada a Londres —dijo lord Valldhort devolviéndola al presente.

—Quizás por la fiesta de esta noche.

Él asintió, conforme.

El silencio volvió a encerrarlos en una esfera incómoda de la que Harley no sabía cómo salir. Ella había invadido su espacio y su tiempo, lo había secuestrado para huir y en ese instante se encontraba ante un desconocido al que debía contentar como recompensa por el favor que le estaba haciendo.

—¿No vivía usted en Londres? —preguntó al reproducir sus palabras un momento antes.

Él continuaba mirándola en la penumbra, absorto en ella; Harley podía sentir su curiosidad desde el asiento.

—No, milady —respondió—. He vivido hasta ahora en Yorkshire.

—Vaya, viene usted desde muy lejos.

Casi percibió una sonrisa cuando volvió a hablar.

—No hubiera conocido esta ciudad de no haber sido por la reciente desgracia de la familia.

—Fui a darle el pésame a su tía —musitó ella, entendiendo entonces porqué aquella mujer de agrio carácter no estaba acompañada por ningún familiar—. Espero que se halle bien de salud.

—Mi tía política se encuentra bien —puntualizó él—, pero el luto no le permite asistir a muchos eventos. De hecho, yo he asistido porque necesitaba participar por fin en la actividad protagonista de esta ciudad.

—¿No iba usted a muchas fiestas en Yorkshire?

—Vivía en una finca muy retirada de toda civilización. Apenas tenía contacto con los vecinos de la zona.

—Debe suponer un gran cambio, pues.

—Un buen cambio —asintió él.

Harley se atrevió a imaginarlo rodeado de paisajes verdes y un cielo azul celeste coronando su esbelta figura. Había podido vislumbrar lo suficiente para darse cuenta de que era un hombre muy atractivo. Sus rodillas casi rozaban las suyas, y sobraba decir cuáles eran las que más espacio ocupaban. Estaba segura de que tenía el cabello negro, y creía haber visto una refinada barba de

unos días cuando el reflejo de la luna se coló entre las cortinas momentos antes, aunque se recordó que eso no tenía por qué marcar su edad. Su voz era grave pero agradable, de esas voces que no una no se cansa de oír. Se preguntó cómo sonaría en un susurro.

—Cuando la vi entrar —musitó él— estaba bastante agitada; ¿debo suponer que la fiesta no estaba siendo de su agrado?

Harley abrió mucho los ojos ante su pregunta. No se le había ocurrido pensar que él querría saber la causa por la que había huido de su fiesta de cumpleaños y presentación en sociedad. Pero ¿qué podía decirle? No podía contarle que había desatado el corsé en mitad de un baile. No se le pasaba por la cabeza describirle los rostros de horror de varias invitadas y de muchos caballeros incrédulos ante lo que veían. La mitad de ellos se había encendido de lujuria, pero la otra parte la había desterrado como posible esposa de sus pensamientos, por muy importante que fuera su apellido.

—Como le dije, solo necesitaba un rato a solas.

Y no lo había conseguido; lo nerviosa que la estaba poniendo su presencia lo dejaba claro. Aun así, no estaba incómoda. Tampoco creía que le hubiera ido mejor si el carruaje hubiese estado vacío y su plan principal saliera según lo previsto.

—Lamento no haber cumplido su deseo.

Harley lo acompañó en la sonrisa que dibujó en la oscuridad.

—Quizás ha sido lo mejor —dijo ella—. Ahora me siento más tranquila que antes.

Percibió que él asentía, y un mechón de color negro como la noche calló sobre su frente. Definitivamente tenía el cabello oscuro. ¿Cómo serían sus ojos?

Cuando el carruaje se detuvo por fin, Harley intentó ver a través de la ventana dónde estaban, pero él le puso una mano sobre la suya para detenerla. Harley volvió la mirada hacia él, sorprendida.

—Déjeme asegurarme de que no hay nadie.

—¿Dónde estamos? —preguntó, intentando ignorar el escalofrío que recorría su espalda; su mano seguía sobre la suya. Además, no recordaba que le hubiera dado ninguna orden directa al cochero.

—Kupet sabe dónde llevarme cuando no quiero ir a casa —la informó él.

Harley lo siguió con la mirada fija mientras abría una brecha de la cortina para asegurarse de que no hubiera nadie en el exterior. Su interés por protegerla la hizo estremecer. ¿Quién era ese hombre? Solo había oído hablar de Valldhort dos o tres veces en su vida, y fueron ocasiones en las que el antiguo conde los invitaba a algún evento mientras estaba en la ciudad. Para ese entonces, ella no podía asistir a ninguno de ellos, pero sí presentó sus respetos a la viuda cuando este falleció.

La luna ya estaba en su apogeo y su luz iluminó por completo a su salvador.

Por primera vez, Harley Kinsberly se había quedado sin aire ante un caballero. Un gemido ahogado escapó de sus labios y sus mejillas ardieron cuando él la miró brevemente al escucharla.

Sus miradas se encontraron; ella sumida en la oscuridad, él bañado por un rayo de luna que reveló por fin el color de sus ojos: oscuros. Sombríos como la oscuridad de la noche, como las sombras que inundan las esquinas, como el color del traje que vestía y como los pensamientos que estaban cruzando por su mente en aquel instante.

Él entrecerró los ojos mientras la observaba, pero Harley fue incapaz de comprender si lo hacía por incomodidad o porque en ese momento podía ver más de ella. Cuando dejó caer la cortina y la penumbra tomó el lugar nuevamente, ambos expulsaron el aire que habían estado conteniendo.

—Es usted muy hermosa —susurró lord Valldhort.

Haciendo acopio de su valentía, Harley intentó hablar.

—Gracias, milord.

Se obligó a relajar las manos para evitar arrugar el vestido de satén rosado. No comprendía lo que acababa de suceder, pero sabía con toda seguridad que tenía que ver con él.

—No podemos alargar mucho más este viaje, milady —le dijo—, pero me gustaría que al volver se sintiera de tal forma que pueda disfrutar de su fiesta.

Harley sabía lo que quería: que le contara su secreto. ¿Estaba dispuesta? Acababa de conocerlo y, aunque estaba siendo muy amable con ella, lo que la estaba haciendo sentir comenzaba a causarle miedo.

Sin embargo, no fue dueña de sí misma cuando comenzó a hablar.

—Necesitaba estar en algún lugar donde nadie me dijera cómo tenía que actuar.

Esperó preparada una risa burlona o un gesto de desdén, pero su corazón se apaciguó cuando lord Valldhort se inclinó hacia delante y, con un gesto, la animó a continuar.

—Mi familia considera que no soy correcta —dijo—. Sé que soy... diferente, pero hoy es una noche especial y no debían arruinarla.

—¿Diferente?

—No me interesa ser como todas las damas de esta ciudad —gruñó ella—. Ellos quieren que lo sea, pero no es así como soy. —Él pareció estar interesado en la conversación, lo que la animó a continuar—. No pueden obligarme a cambiar. ¡No deberían pretender que finja ser otra persona solo para que consiga un marido!

—Pero a veces es necesario hacer cosas por conseguir un compañero para toda la vida.

—No fingir, desde luego. ¿O usted fingiría ser quien no es para poder hallar esposa?

Lord Valldhort guardó silencio unos segundos, lo suficiente para que ella se inclinara hacia delante esperando su respuesta.

—No.

Harley inspiró con profundidad, aliviada.

—Entonces he subido al carruaje correcto.

Él continuó mirándola en silencio mientras se sentía satisfecho por la explicación que le había dado. Pero no era eso lo que lord Valldhort veía, sino una joven que se había impuesto a sí misma no dejarse dominar por nadie. Quizás el rol en su familia la había impulsado a tener ese instinto

de supervivencia, para no permitir que nadie la utilizara ni se aprovecharan de ella. Pero en el momento en el que había llegado su turno de acatar las órdenes que toda joven de buena familia debía seguir, casarse y formar una familia, las cosas se le habían complicado.

Era rebelde y resuelta, algo que admiraba. Pero también era evidente que a lo que tanto se negaba era lo que más le convenía: un marido. Alguien que la controlara y le enseñara que se puede ser uno mismo sin violar todos los requisitos que la alta sociedad impone para poder respetarte.

—No encontrará prejuicios aquí —musitó él—, pero cuando volvamos seguirán en la fiesta, y puede que más duros que antes tras su marcha.

De pronto parecía muy avergonzada.

—Lo sé.

—Nadie debería arruinar una fiesta de cumpleaños, y menos una presentación en sociedad. Eso puede agriarle el carácter y causar que más de un caballero la tome por una mujer con muy mal genio.

Harley alzó la mirada hacia él, asustada, pero una risa cálida y elegante escapó de sus labios cuando vio que él la miraba divertido. Estaba jugando con ella, haciendo todo lo posible para que volviera tranquila al baile.

Estaba pensado seriamente en no regresar.

—En el fondo los entiendo —susurró Harley, bajando la mirada al regazo—, mis hermanas son tan perfectas que debo de ser todo un contraste.

—Quizás eso la hace más especial, ¿no cree?

—No bajo su criterio y, desde luego, no para buscar marido.

Lord Valldhort la observó en silencio, sopesando sus palabras.

En algo tenía razón, y era que su rebeldía no sería un factor a su favor para cazar marido. La mayoría de los hombres deseaban esposas dóciles y silenciosas de las que desprenderse en cuanto pasaran unos días de la boda. Al menos eso le habían comentado sus viejas amistades al despedirse en Yorkshire, todos casados.

—Aunque tenga aspectos que corregir de sí misma, cuando halle el hombre adecuado se dará cuenta de que no necesita cambiar tantas cosas como piensa.

Harley meditó sus palabras mientras él recorría por completo la pequeña cortina que cubría la ventana del carruaje. A regañadientes, apartó la mirada de su hermoso rostro y miró al exterior. A su derecha estaba, con una distancia aceptable, el Támesis en su esplendor. La luna brillaba sobre él y dibujaba un trozo de cielo repleto de estrellas sobre el agua.

Por un momento, se olvidó de qué día era, de su familia, de lo que había pasado, de quién era ella. Solo era consciente de lo que estaban viendo sus ojos y la calma que le estaba transmitiendo el paisaje. Estaba lo bastante oscuro como para que las estrellas brillaran con más intensidad que nunca, y no había nadie cerca que la hiciera preocuparse por ser vista. Él se había encargado de regalarle aquel momento de paz. Lord Valldhort no solo la había ayudado a escapar de la tortura

que estaba viviendo un rato antes, sino que le había proporcionado lo necesario para que en su interior todo volviera a equilibrarse.

Cuando buscó sus ojos los encontró posados sobre ella. Tenía el semblante serio, pero la miraba apaciguado, como ella miraba el reflejo de la luna en el río.

—Es hermoso —musitó Harley con hilo de voz—. Jamás había venido a ver esto.

Lord Valldhort no apartó la mirada de ella cuando hizo referencia a su pequeño secreto que ahora sería compartido.

—No siempre está así. Es una suerte que hoy haya estado mejor que muchas otras noches en las que he venido a buscar paz.

—¿Es un lugar privado?

—Lo era —sonrió él—. Ahora usted puede venir siempre que pueda.

—Entonces este será mi primer y último momento para disfrutar de este privilegio, milord —dijo ella—; no creo que tenga más oportunidades como la de hoy para escaparme.

Por un instante, se le ocurrió que sería capaz de escaparse en mitad de la noche con tal de volver a estar con él en ese lugar que parecía haberse convertido en propiedad de los dos. Mientras continuaba contemplando el exterior, recordó que su hermana Amber violó por mucho tiempo la astucia de Byron para huir a los bajos fondos de la ciudad y poder verse con el que ahora era su esposo, ¿por qué ella no?

—Puede que ahora haya encontrado la paz que necesitaba —susurró él, muy cerca de su mejilla.

Harley contuvo el aire, sobresaltada al notar su aliento cálido contra su piel fría. Estaban muy cerca... demasiado cerca. Sus ojos se encontraron y, hecha un manojo de nervios, se preguntó en qué momento se habían acercado tanto. Ella se había inclinado, y él se había inclinado. Ambos querían ver lo mejor posible lo que la naturaleza les estaba brindando aquella noche, pero no se habían percatado de que habían acortado toda distancia prudente entre los dos.

—Creo que lo he logrado hace rato, milord.

Aunque era propio de ella ser osada, decir algo tan atrevido ante él le resultó toda una hazaña. Se sintió enrojecer hasta los párpados, algo que no pasó desapercibido a lord Valldhort.

—Es una pena que usted sea la extraña por ser diferente —dijo, mirándola fijamente—. La gente debería darse cuenta de lo aburrido que es lo común. Es algo que me repito continuamente.

—¿Se considera común?

—Me considero de lo más extraño, de hecho, pero por querer cosas distintas a usted, me temo.

—¿Qué cosas? —preguntó con curiosidad—. Oh, discúlpeme, no es asunto mío.

Una suave carcajada salió de los pulmones fuertes de lord Valldhort.

—No es una intromisión, milady. Para nadie, después de esta noche, será un secreto que he venido a cumplir con los deberes para con mi título.

Harley lo miró detenidamente mientras intentaba comprender su respuesta. Sabía que pretendía decirle algo con aquella frase tan enredada, lo sabía por cómo sus ojos se habían entrecerrado

esperando su reacción.

¿Qué deber podía tener un hombre que acaba de heredar?

Entonces su imagen elegante y perfecta fue reveladora: quería buscar esposa.

Él había ido a su baile a buscar una posible candidata con la que cuidar el título que había dejado su tío en su poder.

—Creo que es mejor que volvamos, lord Valldhort —masculló, incorporándose. Algo incómodo le vibraba en la garganta—. No deseo imposibilitar que asista a mi baile. —Él también se incorporó, aunque no apartó la mirada de ella ni un segundo mientras los sumía de nuevo en la oscuridad.

—¿Os encontráis mejor?

—Mucho, milord. —Se esforzó por dibujar una sonrisa—. Cuando volvamos a la fiesta será casi como si no hubiera sucedido nada.

Pero no era cierto, pensó mientras volvían a moverse, Harley no podía apartar de su mente el tacto de su aliento contra su mejilla.

Capítulo 3

La mansión de Los Kinsberly no decepcionó a Conan en absoluto; era tan imponente por dentro como daba la impresión de que lo sería desde fuera.

En cuanto habían vuelto un rato antes, lord Valldhort se había dado el placer de sentirse por fin parte de aquel evento. Los nervios cuando fue presentado al entrar al salón se esfumaron con la primera conversación que le brindó un baronet sobre cuánto les alegraba que el heredero de Valldhort se uniera a la vida en la ciudad.

Sabía que eran palabras de cortesía, sin embargo. Nadie sabía quién era, y pocos se alegraban sinceramente de que un sobrino fuera ahora el conde de uno de los títulos más antiguos del condado en el que había nacido. Pero sabía que tenía que interpretar su papel tan bien como lo estaban haciendo aquellos hombres vestidos de gala al recibirlo con amabilidad y elegancia. La alta sociedad es un vals, decía su tío antes de morir, un baile en el que solo se puede participar si te aprendes los pasos.

Las cosas no habían salido como esperaba, pensó con pesar. La idea era que el año siguiente fuera a la ciudad a buscar esposa para estar casado cuando la enfermedad acabara con su tío, como habían prometido los médicos que sucedería. Pero todo se había precipitado, convirtiéndolo en conde a pocos meses de su último encuentro, en el que le había advertido que debía casarse si no quería perder también la finca en la que había nacido.

Ignorando las miradas altivas y los murmullos a su paso, Conan se sentía increíblemente bien: aquello le gustaba. De hecho, creía que se lo merecía. Había trabajado muy duro durante años en Blascoow, y en ese momento su única tarea era buscar una esposa con la que unir su vida y comenzar a hacer descendientes.

Su primer baile estaba siendo toda una aventura.

Todavía sonreía al recordar a lady Harley entrar en su carruaje y dar la orden de ponerse en marcha; estaba claro que sabía lo que hacía. Una dama curiosa, pensó.

Mientras paseaba por el lujoso salón iluminado por doquier y obsequiado con hermosas mujeres y galantes caballeros, Conan localizó a cada miembro de la familia: lord Kinsberly, el actual marqués, custodiaba a su lado muy serio a la que parecía su esposa; la forma en que la miraba era inconfundible. Estaban en la otra punta, pero su presencia era tan importante que, por momentos, el salón giraba a su alrededor.

El joven William Kinsberly, el otro anfitrión de la fiesta bailaba en ese momento con una hermosa dama que parecía encantada de tener sus atenciones. La gente murmuraba sin cesar sobre la sabia decisión que había tomado de irse a estudiar para no estar a la sombra de su hermano mayor, pues él no poseía ningún título. Conan, por el contrario, pensaba que alguien con ese apellido no necesitaba un título nobiliario para ser un buen partido. Desde pequeño había sido consciente de que esa familia sería una conexión clave para introducirse en la vida social del clasista Londres.

No tardó en saber quiénes eran la viuda Kinsberly y sus dos hijas mayores. La primera estudiaba el salón y a sus integrantes desde un rincón con una concentración digna de una casamentera; lady Grace Wolfwood no se separaba de su marido, algo que no dudó en criticar una anciana que pasaba con su nieta junto a él; y lady Amber Bussarch miraba a su alrededor, inquieta, buscando a alguien que parecía no localizar.

Fue entonces cuando ella volvió a ponerse ante su vista.

Se movía con gracia entre los presentes, también buscando con la mirada a alguien. Si ambas hermanas se querían encontrar, no tardarían en hacerlo. Pero lady Harley ya había encontrado a quien buscaba, y su mirada no iba dirigida en la dirección que esperaba; lo estaba mirando a él. Por un momento no pudo moverse, se quedó paralizado al ser descubierto observándola. Y un estremecimiento delataba la emoción de volverla a ver.

Lady Harley comenzó a caminar hacia él, y no pudo apartar la mirada de su pequeño y femenino cuerpo al andar. ¿Quién se atrevía a decir que no era elegante? Conan podía jurar no haber visto una mujer como ella desde que había llegado a la ciudad. En Yorkshire, las damas presumían de una decencia que en Londres no podía decirse que todas tuviesen, pero, incluso siendo cierto, ninguna se igualaba en belleza con lady Harley Kinsberly.

A pesar de estar de acuerdo en que no poseía el carácter que la alta sociedad exigía a una señorita para casarse, no podía negarse que todo lo demás opacaba cualquier mal comportamiento que pudiera tener; y su apellido era el arma más eficaz.

Al llegar junto a él, le brindó una cálida sonrisa.

—Es un placer volver a verla, lady Harley.

Ella le devolvió la sonrisa con timidez.

—¿Lo está pasando bien, milord?

—No puedo decidirlo todavía, milady. Me han dicho que no se sabe la diversión de una fiesta hasta que se baila.

—Le han dicho bien —afirmó lady Harley—. ¿Se ha apuntado en la tarjeta de baile de alguna dama?

Conan negó con la cabeza sin dejar de mirarla.

—Me parecía descortés bailar con otra señorita siendo usted la anfitriona.

—Habiendo tantas damas disponibles, suele pasarse esa regla por alto.

—Prefiero esperar que usted esté disponible —dijo con una leve sonrisa, que se amplió cuando

ella volvió a huir de su mirada—. Además, después de secuestrar mi carruaje, tengo todo el beneficio de un baile, ¿no le parece?

Lady Harley asintió, divertida ante el recuerdo de lo vivido momentos antes.

Un murmullo llenó el salón de baile cuando una cuadrilla fue tocada por la orquesta. Las parejas ocuparon la pista, buscando por dónde pasar entre el gentío. Conan la tomó con suavidad por la cintura para apartarla de un ansioso caballero que sacaba a bailar a su esposa, y su aroma y cercanía volvieron a acelerarle el pulso.

Cuando bajó la vista para mirarla, ella lo observaba con el ceño fruncido.

—¿Le contará a alguien lo sucedido? —preguntó muy seria.

—¿Se refiere a nuestro paseo nocturno? —Lady Harley asintió—. Por supuesto que no; ese será nuestro secreto, milady.

—Se lo agradezco. No quiero ni imaginar cómo se pondría mi familia solo de saberlo.

—No he visto el primer indicio de indecencia en usted.

—Ellos no cesan de verlos.

Conan buscó a la familia Kinsberly entre la multitud; las damas continuaban donde las había visto momentos antes, pero no localizó al marqués. Cuando volvió a centrarse en ella, también hacía lo mismo.

—¿Le preocupa que la vean conmigo sin habernos presentado?

Lo miró, asombrada.

—No tardarán en hacerlo.

Conan frunció el ceño, sin entender.

—Harley.

Lord Kinsberly apareció tras él, con el semblante serio y la mirada puesta en su hermana pequeña.

Aunque se veía todo el cariño que le tenía sobre esa fachada de dureza, también se percibía con claridad que estaba furioso con ella.

—Byron —lo saludó, intentando calmarse—, lord Valldhort estaba invitándome al siguiente baile.

El marqués desvió la mirada hacia él; tan imponente como le habían advertido.

—Milord —lo saludó.

—El actual conde de Valldhort —dijo Byron—. Mis condolencias por su pérdida.

Conan asintió.

—Gracias, lord Kinsberly.

—Es usted un privilegiado si a mi hermana le queda espacio en su tarjeta de baile.

Lady Harley disimuló una sonrisa.

—Lo soy —afirmó, a pesar de no haber recibido todavía una respuesta por su parte.

El marqués pareció sentirse incómodo por su respuesta, pues miró a su hermana, interrogante.

—He hecho un espacio antes del baile del vizconde de Louwood.

El marqués dejó la vista fijada en ella.

—Es el siguiente vals.

—Lo sé —asintió lady Harley.

Por un momento, le pareció que ambos hermanos se desafiaban en silencio por algo que él no llegó a comprender. Pero una seca y forzada sonrisa del cabeza de familia le dejó claro que la escena no era de su agrado.

Conan comprendió todo; no aceptaban su peculiar forma de ser.

Que una joven de buena familia se escapara de la fiesta de su presentación en sociedad para tomar un carruaje prestado y dar un paseo en la oscuridad de la noche, daba mucho que pensar sobre ella. Sin embargo, solo podía sentir diversión por lo especial que prometía ser.

—La cuadrilla está a punto de acabar —masculló lord Kinsberly, sin dirigirse a nadie en particular—. Voy a buscar a mi esposa para el siguiente baile.

—Nos vemos en la pista de baile —dijo lady Harley.

Él la fulminó con la mirada.

—Milord.

—Lord Kinsberly —se despidió Conan.

Lady Harley dejó salir el aire contenido.

—Ha sido un momento intenso —sonrió él.

—Con mi hermano siempre lo es.

—¿Es él el motivo de su angustia?

Ella evitó su mirada al responder.

—La verdad, no es tan duro como parece; mi madre ya ocupa ese papel.

El conde no pudo evitar pensar que parecía más dura consigo misma que cualquier otra persona.

La música fue cesando al tiempo que las parejas se disolvían en distintas direcciones del salón del baile. Vio a lo lejos al marqués de Kinsberly guiando a su esposa a bailar y, antes de que pudiera reaccionar, un suave vals llenó el ambiente. Si no se daban prisa, no tendrían espacio en la pista de baile.

—Lady Harley —le musitó con una mano extendida—, ¿me concede el honor de este baile?

Cuando posó su pequeña mano enguantada sobre la suya, la sonrisa desapareció de sus labios. La expresión tranquila que había conseguido en su rostro se disipó, remplazada por una de asombro que lo miraba con los ojos muy abiertos.

Se abrieron lugar entre los demás, y no le disgustó en absoluto que acortaran el espacio entre ambos debido a la gran cantidad de invitados que habían decidido bailar aquel vals.

—¿Qué le parece la fiesta?

Conan disimuló una sonrisa; también le habían advertido de las conversaciones triviales de las damas de la ciudad.

—Es una gran fiesta de cumpleaños. Me alegro de haber podido asistir, a pesar de un

contratiempo que tuve al llegar.

Ella se estremeció.

—¿Me lo recordará toda mi vida?

—¿Estaré presente toda su vida?

Fue una pregunta inocente, pero la mirada que ambos intercambiaron produjo un efecto muy extraño en Conan.

No se había dado cuenta de lo diminuta que era. Podía reposar la barbilla sobre su cabello y ambos parecerían dos piezas de un puzle al encajar.

—¿Qué sucede, lord Valldhort?

Él se encogió de hombros, sin comprender.

—Está frunciendo el ceño, milord.

Cierto, lo estaba haciendo. Pero era su forma de expresar lo extraño que se estaba sintiendo.

—¿Cuántos años me dijo que cumple hoy, lady Harley?

—Diecisiete.

—¿Y cuál era el motivo de presentarla con tanta premura en sociedad?

Ella parpadeó deprisa, algo que parecía hacer cuando no sabía qué decir.

—Porque, además de ser la más pequeña, ya todas mis hermanas están casadas.

Conan le dio una elegante vuelta antes de volver a centrarse en sus ojos.

—Para juzgarla tan duramente como dice, tienen mucha fe en que encuentre un marido tan joven.

—No sé si será fe, milord —musitó ella mientras seguía sin dificultad los pasos del vals—, pero ambos sabemos que el matrimonio es lo que se espera de una joven de buena familia. De hecho, usted lo está viviendo en carne propia.

—¿Yo?

Ella asintió, sin apartar la mirada de él.

—Ha venido a buscar una lady Valldhort; usted mismo me lo dijo.

Esta vez, Conan no pudo contener la risa.

—Es usted muy directa.

Tardaron un segundo más que los demás en dar la siguiente vuelta en el baile, pero estaban absortos en la conversación.

—No tardará en encontrarla, ¿sabe?

—No lo creo.

—¿Por qué no? ¿No ha visto la cantidad de jóvenes casaderas que hay en esta sala?

Lord Valldhort miró a su alrededor un instante, lo justo para volver a poner los ojos sobre ella y darse cuenta que opacaba a cualquier dama que hubiera en la sala.

—Sí.

Ella apartó la mirada, incómoda.

—Entonces no comprendo su duda.

La verdad, él tampoco lo entendía. ¿Qué le estaba pasando? Tenía muy clara la causa de

trasladarse a Londres y asistir a aquel baile. Pero, para cumplir su objetivo, debería estar bailando con cualquier otra dama, no con una jovencita cuya personalidad lo sorprendía a la par que lo fascinaba.

Había secuestrado su carruaje. Estaba claro que poseía defectos de los cuales su propia familia estaba avergonzada. Y, sin embargo, sentía ganas de compartir aquella velada con ella.

—Disfrutemos del vals, milady —musitó mirándola profundamente—. Es mi primer evento en la ciudad, tengo mucho tiempo de encontrar lo que busco. —Ella le dedicó una ligera sonrisa, conforme con la propuesta—. Además...

Ella esperó unos segundos a que continuara con la frase, cuando no lo hizo, levantó la vista hacia él, curiosa.

—Me lo debe —susurró él.

Cuando los dos se echaron a reír, las parejas más cercanas los miraron sin comprender. Pero ellos sí se entendían, pensó, y le asombraba cuánto.

Capítulo 4

Las mañanas que siguieron al baile no fueron en absoluto como esperaba. La casa de la familia Kinsberly estuvo llena de tantas flores que costaba abrir paso para las que continuaban llegando. Hayley había causado sensación en su presentación en sociedad. Había recibido muchos regalos por su cumpleaños, cosa que fue más de su agrado que tantos arreglos florales que abrumaban la vista.

Su familia, si cabía decirlo, estaba todavía más asombrada que ella. Daban por hecho, después del trágico incidente del corsé, nadie querría tenerla en cuenta para futuros eventos y, por supuesto, ningún caballero iría a visitarla. Pero la elegante mesa del vestíbulo rebosaba de cartas de visitas, de las cuales la mayoría seguían sin abrir porque Harley no daba abasto.

Había salido a pasear con dos elegantes y jóvenes lores que acababa de volver de Eton. Sus títulos habían sido el principal tema de conversación, y no se mencionó otra cosa que toda la riqueza bajo la que estaría si aceptara algún día ser esposa de uno de ellos. La tarde anterior aceptó a regañadientes la invitación de un vizconde viudo entrado en años; su madre le reprochaba que juzgara a un hombre por ser viudo, pues ella lo era y le aseguró que todo el mundo tenía derecho a volver a buscar la felicidad. Cabe decir que aquel hombre era mucho más mayor que ella, pero más joven que su madre.

También la habían invitado al teatro, a Hyde Park, a comprar cintas y sombreros, a dar un paseo a caballo, a un invernadero, a Gales para casarse en secreto...

Estaba agotada. Había pasado una semana de su presentación y la gente no parecía olvidarse de ella. El escándalo de su corsé había despertado el desagrado de las mujeres más estrictas de la alta sociedad, que habían promovido el rumor de que lady Harley Kinsberly no era una buena compañía para sus hijas, pero, en cuanto a los caballeros, no parecía afectarles lo más mínimo.

Era sábado por la mañana y todos los Kinsberly iban llegando a la mansión que poseían en el centro de la ciudad para pasar juntos hasta la caída del alba. Era una tradición impuesta por su hermano Byron poco después de casarse dos años atrás. La muerte de su padre había tenido mucho que ver ya que, tras el fallecimiento del marqués, Byron se había prometido mantener unida la familia, tal y como lo había hecho el difunto lord Kinsberly en vida.

Harley observaba con hastío el paquete que acababa de llegar momentos antes de bajar a esperar a su hermana Grace al vestíbulo. Muchos de ellos habían sido útiles e interesantes, pero

no paraba de pensar que se lo habían enviado caballeros a los que ni recordaba haber conocido en el baile. ¿Había bailado con alguno de ellos? A eso se refería cuando renegaba de ser como las demás jovencitas de la sociedad: ¿qué emoción sincera, más allá de la momentánea por sentirse admirada, podía haber si no recordaba de quién procedían esos detalles?

Sin embargo, había una persona de la que sí recordaría todo si hubiera llegado algo con su título escrito en una elegante tarjeta, pero no le había enviado nada y tampoco la había ido a visitar. Harley suspiró con una sonrisa el día siguiente al baile, y el siguiente, y el siguiente. Pero, cuando pasó el ombligo de la semana y no supo nada de lord Valldhort, se convenció de que su comportamiento un tanto extraño y su exceso de sinceridad habían bastado para espantarlo.

¿Espantarlo? Sí, pensó. No podía negar que era, con diferencia, el hombre más apuesto con el que había bailado aquella noche. Y que su caballerosidad para con ella en no hacerla sentir peor por lo que había sucedido la había dejado encantada.

La noche fue más agradable gracias a él.

Tras regresar al baile no podía parar de buscarlo. Al principio lo hizo por miedo a que le contara a otro invitado lo que había hecho con su carruaje, pero después tuvo que aceptar que lo buscaba porque no podía quitarse de la mente el momento en que su aliento había rozado su mejilla; habían estado tan cerca el uno del otro...

Harley no era una mojigata como el gran porcentaje de debutantes que habitaban la ciudad aquella misma mañana; era muy consciente de que se había despertado en ella una atracción por aquel hombre. Y lo más seguro era que no lo volviera a ver.

—Milady —la llamó una doncella que estaba a su lado, no se había percatado de su aparición—, lady Wolfwood ha llegado. Ella y el marqués están fuera con lady Nathalie y lord George hablando con un caballero.

¿Un caballero?

—¿Por qué no entran? —preguntó, extrañada.

—Al parecer no tiene tarjeta de visita y están intentando saber quién es, milady.

No tenía tarjeta de visita. Lord Valldhort acababa de llegar a la ciudad, era muy probable que no supiera que debía presentarse en su casa con ella.

Con el corazón en un puño, hizo lo que su madre tanto le prohibía: correr.

Cruzó el vestíbulo tan deprisa como la dejó el vestido largo, que se entrelazaba con sus pequeñas piernas; por Dios, era demasiado bajita para aquellos vestidos. Al abrir la puerta, vio a su hermana mayor con el pequeño George en brazos y Nathalie aferrada a su capa. Su cuñado, el marqués de Wolfwood, parecía estar interrogando a un hombre que estaba de espaldas a ella. Estaba muy elegante, pensó, aunque no recordaba que tuviera tanto pelo como el que sobresalía por encima del cuello de la chaqueta que lo abrigaba.

—¡Esperad! —gritó mientras bajaba los escalones de la entrada—. Yo lo conozco, Grace.

Su hermana la miró extrañada a la par que reprobadora, pues nunca, jamás, se debía alzar la voz más de lo necesario ante un posible pretendiente. «Les ayudas a imaginarte gritándole como

loca en una casa llena de hijos, querida»

—Harley —dijo Damien—, ¿cómo dices?

—Que le conozco —sonrió—. Nos conocimos en mi baile.

—¿Es eso cierto?

La pregunta fue hecha a lord Valldhort, que todavía no se había dado la vuelta. Pero cuando lo hizo, Harley quiso hundirse de la vergüenza en el matorral de hierbas más cercano.

—Lo lamento, milady, pero creo que se confunde —dijo quien, claro estaba, no era lord Valldhort. No tenía ni idea de quién era ese hombre, pero la miraba como si se hubiera vuelto loca. Sin darle más importancia, volvió a dirigirse al marqués—. Le repito que no tengo por qué traer una tarjeta, esto no es una visita de cortesía. Exijo hablar con el señor William Kinsberly, ahora mismo.

La doncella no se había equivocado. Grace y Damien no habían dejado pasar a aquel hombre porque no traía consigo una tarjeta que lo identificara, pero no era a ella a quien buscaba. ¿Para qué querría hablar un caballero tan ofuscado con su hermano gemelo?

—Mi hermano no está —intervino Grace—, pero si se niega a dar su identidad será muy difícil decirle que se ponga en contacto con usted, señor.

Furioso, el hombre parecía querer desquitarse con su hermana por negarle el paso, pero bastó un paso al frente de Damien para que se lo pensara dos veces. Se marchó murmurando algo por lo bajo que no parecía muy educado, y su cuñado clavó la vista en su espalda, meditando, quizás, lo mismo que ellas: ¿en qué estaba metido Will?

—Vamos dentro.

A pesar de lo extraño de la escena, Harley solo pudo pensar en lo tonta que se había sentido al darse cuenta de que no era lord Valldhort quien intentaba verla.

—¿Dónde está tu hermano? —le preguntó Damien.

—Fue temprano a Amb's Soul para despedirse de Cedric, que no podrá venir con Amber y Colin.

Su cuñado asintió y ayudó a Grace a subir los escalones con los niños.

Todos sabían que el orfanato que habían levantado Byron y Cedric Bussarch, el esposo de Amber estaba pasando por un momento muy importante, pues estaban llegando inversiones de personas muy influyentes de la aristocracia y debían turnarse entre ellos para ocupar las tareas administrativas.

Agradeció enormemente que no se comentara nada de su intromisión.

El salón donde solían reunirse no tardó en llenarse de vida: todos sus sobrinos jugaban sin escatimar en gritos y risotadas. Ninguno de ellos superaba los cinco años siquiera, así que, en aquel momento, todos parecían gigantes en aquella sala.

Su madre era la única que estaba sentada mientras sostenía en brazos a Wanda, una de las gemelas recién nacidas de Byron y Sofía. Sara, la otra pequeña que había hecho perder el juicio a la marquesa viuda, estaba siendo mimada por su madre, quien se negaba a que una doncella la

durmiera.

Amber había sido la última en llegar con su hijo Colin, pero fueron los primeros en acabarse la bandeja de aperitivos. No podía negarse que el hijo de Cedric, un hombre hecho en las calles del bajo Londres, había sacado el apetito de su padre. Su hermana vigilaba de cerca a su travieso hijo y al pequeño George, que intentaban seguirle los pasos a la hija mayor de Grace, Nathalie.

No pudo evitar pensar que hacía unos años el centro de atención eran William y ella: peleándose por todo, buscando cualquier motivo para estar contrariados. Y en ese momento ella buscaba un marido, y él marcharía en dos días a una ciudad, lejos de ella, para labrarse su propio futuro. Como decía Byron: para hacerse un hombre.

Al pensar en él lo buscó con la mirada. Lo vio en la entrada, hablando muy concentrado con Damien, quien a su vez no apartaba la vista de su esposa mientras esta se movía por el salón.

¿Cómo esperaban que encontrara algo como lo que ellos tenían? Con su forma de ser sería una fortuna si alguien decidía pedirle matrimonio antes de que empezara en su apogeo la temporada social, porque entonces estaría perdida con toda aquella aburrida competencia de damas perfectas.

—¿Qué sucede, Harley?

La suave voz de Sofía la sacó de sus pensamientos. Ya no tenía a Sara en brazos, dedujo que había conseguido dormirle.

—Miraba que va a llover.

Y no mentía. Se había detenido frente al ventanal para observar cómo el sol comenzaba a esconderse.

—Espero que no haga este tiempo cuando vayamos a Kinsberly Hall.

Casi lo había olvidado.

Cada año, antes de que entrara el invierno, decidían pasar unas semanas en la casa campestre de los Kinsberly. Había sido otra tradición de Byron tras convertirse en padre de familia, ya que él y su esposa decidían pasar el invierno fuera de la ciudad, a sabiendas de que el resto de la sociedad huiría del frío que helaba el campo en esa temporada del año.

Harley nunca había deseado tanto que llegara ese momento. Después de tanto alboroto por su presentación en sociedad, le apetecía recluirse en un lugar donde nadie pudiera enviarle rosas ni debiera preocuparse por las invitaciones de paseo que no cesaban de llegar.

—La nieve y la lluvia hacen Kinsberly Hall mucho más especial —murmuró para sí misma.

—Solo tú podrías decir algo así, Harley.

Cuando miró a su cuñada, no vio réplica en sus ojos, ni lástima.

—¿No piensas que soy la mancha oscura de una tela del satén más blanco y puro?

—¡Dios santo! ¿Qué tipo de metáfora es esa?

—Así me siento a veces.

Sofía miró a su espalda un segundo, consciente de que los culpables de ello estaban disfrutando ajenos a la conversación.

—Solo quieren que encuentres un marido adecuado, querida —le dijo con cariño—. Y, a veces, para ello hay que cumplir unas reglas un tanto peculiares. Pero —se acercó un poco más y bajó el tono de voz—, cuando te cases, podrás ser como tú quieras.

Harley dejó escapar un mal educado resoplido acompañado de una risa incrédula.

—Eso si mi marido me deja.

No fue su intención ser insolente con ella, pero cuando miró a su cuñada pudo ver la desaprobación en su rostro. Sofia había intentado animarla, y ella se lo había agradecido siendo descortés. No se sorprendió cuando se marchó al lado de Byron sin decirle nada más.

El sábado familiar no había comenzado nada bien.

Capítulo 5

A pocos días de la marcha de Will, pasó algo inesperado.

—¡Que venga alguien! ¡Ya!

El grito atronador de Byron llegó hasta su cuarto como si hubiera estado en la mismísima puerta. La doncella que le retocaba los tirabuzones para bajar a cenar se detuvo, asustada, mientras la miraba con los ojos como platos a través del espejo.

—¿Milady?

Harley no esperó. Se levantó sin elegancia alguna de la butaca y corrió hasta la puerta. Cruzó el pasillo de las habitaciones a toda prisa, ignorando a los criados que se apartaban a su paso. Cuando llegó al final de la escalera principal, miró a todos lados buscando a su hermano, pero un nuevo grito le advirtió que no estaba abajo.

Volvió a subir con la misma urgencia, cada vez más angustiada.

—¡Traedme el maldito brandy!

Los rugidos de su hermano procedían de la habitación de William, en la otra punta del pasillo de donde estaba la suya. Cuando llegó, quedó petrificada ante lo que veía.

—Dejadlo en la cama —ordenaba Byron a dos criados—. ¡Con cuidado!

Antes de que pudiera preguntar qué sucedía, su madre apareció tras ella y llenó la estancia con un grito de horror.

—Madre —dijo su hermano—, cálmate, por favor.

Ante ellas, postrado en la cama sin conciencia y ensangrentado, estaba William. Su rostro apenas podía distinguirse entre barro y sangre, y tenía toda la pinta de tener más de un hueso roto. La camisa, antes blanca, estaba sucia y hecha harapos. Tuvo que sostener a su madre para que no corriera hasta su hermano gemelo, ya que Byron parecía necesitar de todo el espacio posible para atenderlo.

Un nudo se formó en su estómago al ver a su cómplice de niñez en ese estado. Las lágrimas le escocían los ojos y, cuando un gemido escapó de sus labios al empezar a despertarse, se le desgarró el corazón. Su madre no pudo soportarlo más y corrió hasta él, dejándolo sin equilibrio.

Sintió que le fallaban las piernas y que iba a caer de rodillas al suelo cuando, de pronto, unas manos fuertes, aunque delgadas, la sostuvieron por la cintura. Se apoyó en una, firme a su espalda, que le dio el respaldo suficiente para recuperarse y volver a ordenar a sus piernas que

reaccionaran. Estaba convencida de que uno de los lacayos la había ayudado, cuando percibió aquel olor. Bajó la vista hasta su cintura y vio que la sostenía unas manos cubiertas con unos guantes muy elegantes.

Y ahí estaba él, observándola con el semblante preocupado e igual de sucio que su hermano Will.

—Usted —musitó levantando la vista.

Lord Valldhort le dedicó una sonrisa sin energía.

—Buenas noches, lady Harley.

—¿Qué hace usted aquí? —Pero una pregunta más grave acudió a su mente al recordar el rostro de ambos—. ¿Qué ha pasado?

En ese momento llevaron el brandy acompañado de varias toallas limpias y un recipiente con agua caliente.

—Lo han golpeado. Brutalmente. —Fue Byron quien le respondió, que había fijado su vista en ellos dos mientras las doncellas colocaban alrededor lo que había ordenado. Harley se echó a un lado—. De no ser por lord Valldhort, estaría muerto.

El aludido respiró hondo, quizás recordando lo sucedido.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo, lord Kinsberly.

—Quizás —masculló Byron, mientras comenzaba a limpiar el rostro de su hermano menor—, pero no cualquiera hubiera sido capaz de recibir tantos golpes como William con tal de ayudar. La mayoría hubieran dado media vuelta antes de ser golpeados por una causa ajena.

—No podía haberlo hecho. No, sabiendo quién es.

—Harley —la llamó su madre—, ayuda a lord Valldhort a limpiarse, hija.

Aunque estaba en estado de asimilar todo lo que decían, se puso manos a la obra y guio al conde hasta una butaca que hacía parte de un conjunto de dos piezas más. Cogió una de las toallas limpias y la remojó en el agua para comenzar a limpiarlo.

Él abrió un poco las piernas para darle acceso a estar lo suficiente cerca para la tarea, algo que los dejaba en una posición muy íntima. Pero tanto Byron como su madre estaban muy centrados en Will para darse cuenta.

—¿Cómo sucedió? —le preguntó con un nudo en la garganta.

Lord Valldhort cerró los ojos mientras se dejaba hacer.

—Sucedió a unas calles de un club de juego —comenzó a decir—. Yo ya me iba cuando vi al señor William doblar la esquina. Lo reconocí, pero seguí mi camino hasta que lo escuché gritar. —Lady Kinsberly ahogó un grito—. Cuando llegué, lo golpeaban brutalmente más de cuatro hombres. Iban armados, además.

—¡Dios santo!

—¡Ay!

—Lo siento, milord —musitó al darse cuenta de que había presionado más de lo necesario donde comenzaba a formarse un cardenal.

—Por suerte, mi lacayo no tardó en aparecer para ayudar.

—Para Will ya era tarde —masculló Byron—. Está destrozado.

El llanto de lady Kinsberly no pudo contenerse más.

—¿Quién pudo haberle hecho esto a mi pequeño?

—Lo averiguaré, madre, puedes estar segura.

Después de limpiarlo, Byron dejó que la marquesa viuda consintiera a William mientras dormía. Harley acabó con el conde y también se acercó a su hermano para susurrarle unas palabras al oído.

Byron y lord Valldhort hablaban en el umbral de la puerta lo suficientemente bajo para que ninguna de ellas pudiera escuchar, y cuando pasó junto a ellos decidieron salir al pasillo y dejar a William en las mejores manos.

—Le debo la vida de mi hermano, lord Valldhort —dijo el marqués.

—No me debe nada, milord.

—No sea modesto, por favor —musitó Harley—. De no ser por usted mi hermano gemelo estaría posiblemente muerto en un callejón, ahora mismo.

Cuando sus ojos se encontraron, Harley pudo ver que no había sido nada fácil para él haber vivido aquella situación. A diferencia de Byron, podía decirse que lord Valldhort no había tenido una experiencia como esa jamás en su vida. El marqués de Kinsberly había formado parte de una banda que se había enfrentado a los peores malhechores del bajo Londres, pero un caballero que seguía hasta el último protocolo de etiqueta no se encontraba con cosas como aquella a diario.

—Creo que no podemos pasar por alto lo que ha hecho —masculló Byron, lo suficientemente fuerte para llamar la atención de los dos—. Espero que acepte una invitación de agradecimiento.

—Por supuesto, milord.

—Harley —dijo—, hazle saber al conde la fecha de partida; vendrá con nosotros a Kinsberly Hall.

Y, sin más, los dejó solos.

Harley se quedó mirando la espalda que se alejaba con el corazón acelerado. ¿A Kinsberly Hall? ¿No podía invitarlo a una cena?

Él también observó cómo se marchaba, y después clavó sus ojos oscuros en ella.

—¿Se marchan?

Harley se volvió hacia él.

—Sí, el viernes.

—Me temo que no podré cumplir con su hermano, lady Harley —musitó él—. Comprendo que se sienta agradecido, pero estoy seguro de que se trata de un viaje familiar en el que nada tengo que ver.

Puede que tuviera razón. ¿Qué iba a hacer él en mitad de toda la familia Kinsberly? ¿Qué se diría si alguien se diera cuenta?

—No tendría por qué sentirse incómodo, lord Valldhort —dijo, no obstante.

Un suave sollozo llegó hasta ellos a través de la puerta cerrada.

—No imagina cuánto le agradezco lo que ha hecho.

Intentó que la voz fuese firme y segura, pero lo único que consiguió fue un susurro casi inaudible, que le hizo llenar los ojos de lágrimas al recordar el estado de su hermano.

—Debe ser horrible verlo así —musitaba él.

Harley asintió.

A penas se dio cuenta, pero en ese momento estaban más cerca. Lord Valldhort había acertado la distancia entre ambos para cubrirla con sus brazos en un abrazo cortés y lleno de consuelo. Era un gesto cargado de respeto, pues, aunque era lo suficiente menuda para quedar totalmente cubierta por sus brazos, no hacía presión en ellos. Pero eso cambió cuando Harley le correspondió el abrazo y se aferró a las solapas de su abrigo.

Y entonces lloró.

Las lágrimas cayeron sin freno recordando la cara de William. La sangre, el barro, la camisa rota, los golpes que habían dejado feos y terribles morados en su pálida piel. Mientras prestaba atención al relato de lo sucedido y estaba ocupada limpiando al conde había podido controlarse, pero entonces que no tenía en qué ocupar su mente no pudo soportarlo más. ¿Quién podía haberle hecho eso a su hermano?

—Tranquila.

Las palabras fueron susurradas tan bajas que la hicieron estremecer. Y eso le recordó un momento vivido con aquel hombre casi dos semanas atrás, en el interior de un carruaje, mientras observaban la luna reflejada en el Támesis.

—Debería marcharme ya.

Y también recordó que tenía ante ella al caballero más correcto de la ciudad.

—Por supuesto, milord. —Dejaron de nuevo una distancia respetable entre los dos—. No se sienta en la obligación de asistir, lord Valldhort, pero sería un honor que nos acompañara a Kinsberly Hall.

Harley se arrepintió de decir aquello en cuanto vio su gesto contrariado.

—Debe saber, lady Harley, que eso daría especulaciones.

—¿Especulaciones?

—Sobre nosotros —dijo él, un tanto incómodo—. Tras vernos en el baile, podría pensarse que la estoy cortejando si voy a la casa campestre de su familia. Eso podría evitarle propuestas de posibles pretendientes.

Harley dio un paso atrás. ¿De verdad pensaba que iba a creer que ese era el motivo?

—Oh, vaya, lord Valldhort. Quizás debería decir que eso lo alejaría a usted de poder cazar a una buena, educada y refinada esposa.

Él parpadeó varias veces al escucharla.

—Creo que me ha mal interpretado, milady...

—En absoluto —lo cortó, y empezó a caminar por el pasillo hasta la escalera principal, donde

comenzó a descender sin asegurarse de que fuera tras ella.

—¿La he ofendido? ¿En qué?

—Creo haberle dejado claro hace unas semanas que no me interesaba en absoluto encontrar marido. No tanto como a mi familia, por lo menos.

—No parece que la población masculina lo sepa, milady —gruñó él, interceptándole el paso y señalando varios arreglos florales que había en el vestíbulo.

Harley resopló y se detuvo, ya que él se había puesto en el siguiente escalón.

—Pensé que me había comprendido aquella noche —musitó mirándolo desde arriba.

Él cerró los ojos un momento, casi pudo ver su cerebro pensar.

—Tienes razón, por un momento he olvidado con quién estaba tratando.

A Harley no le pasó desapercibido que la tuteara.

—Así es —dijo.

Lord Valldhort se la quedó mirando mientras sus labios dibujaban una sonrisa. Al principio se puso furiosa, porque no entendía a qué se debía su alegría. Pero mientras más amplia era la sonrisa de él, menos podía contener la suya.

—¿Qué le hace tanta gracia, milord? —le preguntó todo lo serio que pudo.

Él sacudió la cabeza y se subió al escalón que estaba ella para inclinarse hasta su oído:

—Me cae usted bien, milady.

Capítulo 6

Mientras los lacayos subían los baúles en el carruaje, Conan aprovechó para hablar con lord Kinsberly sobre lo sucedido varios días atrás.

—¿Se sabe ya quiénes son los responsables? —le preguntó mientras esperaban que salieran las damas de la casa.

—Harley me contó que vino un hombre buscándolo no hace mucho. Puede que esté todo relacionado, pero si Will no habla es imposible que yo pueda ayudar.

Al parecer, el pequeño de la familia Kinsberly se negaba a decir quién podía haberle hecho aquello. No lo había vuelto a ver y, aquella mañana al llegar a la casa de la familia Kinsberly para marcharse a Kent a su casa de campo, había conocido la noticia de que el joven se había marchado de la ciudad.

—Dudo que vaya a la universidad —decía el marqués—. Estoy más que seguro de que se ha ido a cualquier otra parte.

—Lo lamento, milord.

—Despreocúpese, lord Valldhort —se encogió de hombros—. William sabe lo que hace.

Conan dudaba levemente que un muchacho de diecisiete años supiera lo que hacía, pero prefirió guardar ese pensamiento para él.

Distribuyeron el viaje en cuatro carruajes: el carruaje de lord Kinsberly lo transportaba a él, a su esposa e hijos y a su madre; el carruaje de lord Damien Wolfwood iba con su respectiva familia; y otro carruaje llevaba al señor Bussarch y los suyos. Por lo que, para su placer, lady Harley tuvo que ir nuevamente con él, aunque acompañados por una doncella esa vez.

El trayecto duró casi hasta el atardecer, y no hablaron mucho, pero Conan estuvo más que satisfecho al verla dormir varias veces en el camino. Observó con deleite cómo los rayos del sol se filtraban por la cortina y bañaban su piel blanca y juvenil: estaba llena de vida.

Lo que le había dicho noches atrás era cierto: le caía bien. Y ella era, en gran parte, el motivo de que aceptara la invitación de lord Kinsberly. Solo de pensar cómo se había puesto sonreía otra vez. ¿Creía que se avergonzaría si lo relacionaban con ella? Dios santo, que lo relacionaran con la familia Kinsberly era lo mejor que le podía suceder. Necesitaba una esposa, y qué mejor que codearse con una de las familias más importantes de la ciudad para que lo tuvieran en cuenta.

Había muchas cosas en su contra: era joven. La mayoría de las madres deseaban para sus hijas

hombres en una edad más madura, para que pronto pudieran deshacerse de ellos; él no había llegado a la treintena. Era lo vulgarmente conocido como un nuevo rico, pues era heredero, por el mero hecho de que su tío nunca tuvo descendencia. El caso es que llevaba más de un mes en la ciudad, y no había tenido suerte en ningún baile.

Bueno, había uno...

El carruaje se detuvo y sus pensamientos volvieron al presente.

Cuando bajó del carruaje, se presentó ante él una casa majestuosa que brillaba como si estuviera hecha de mármol blanco. Se giró hacia el carruaje para ayudar a Harley a bajar, pero ella ya estaba a su lado.

—Me temo que ya no estamos en Londres... ¿Conan? —dijo divertida—. No tengo por qué cumplir con ningún protocolo.

Él le dedicó una amplia sonrisa y asintió. Aquello iba a ser muy divertido.

La primera cena fue como un ritual. Conan fue testigo de que no era un mero rumor; la familia Kinsberly era de lo más especial y distinguido.

Entre todos se hicieron regalos como si fuese Navidad y, aunque debería sentirse fuera de lugar, se llevó la gran sorpresa de sentir que estaba como en casa. De hecho, le encantó poder ver los felices matrimonios que había en la familia, algo que lo hizo soñar con más fuerza sobre un día encontrar a su dama perfecta.

Quizás era un loco por pensar así, pues la mayoría de los hombres deseaban volar libremente. Pero Conan sabía cuál era su responsabilidad: engendrar un heredero. Se lo había prometido a su difunto tío, y él no se tomaba su palabra a la ligera.

Al día siguiente, al bajar a desayunar, las damas se habían vestido con sus prendas más coloridas y los caballeros vestían todos trajes de montar.

—¿Y su traje? —preguntó el señor Bussarch.

—No sabía que debía ponerme el traje de montar, señor Bussarch.

—Mataré a ese muchacho —ladró lord Kinsberly.

—No te metas con el chico —saltó lady Kinsberly—. Disculpe a mi esposo, cree que el hijo de siete años del mozo de cuadras puede recordar las mil ordenes que le ha dado.

—No eran mil.

—Lamento lo ocurrido, milord —dijo lord Wolfwood, deteniendo la discusión—. Tenemos pensado salir a montar mientras las damas disfrutaban del sol en el jardín. Disculpenos por no haberlo avisado correctamente.

Conan sonrió, divertido.

—No tiene la menor importancia. Iré arriba a cambiarme.

Todavía podía escuchar desde la escalera cómo discutían entre ellos, y casi no podía contener

la risa.

Se cambió tan rápido como pudo, pues no había llevado a su ayuda de cámara consigo. Cuando volvió abajo, ya estaban todos de pie en el vestíbulo. Parecía que lo esperaran a él, pero una rápida mirada le bastó para saber que faltaba alguien más. ¿Dónde estaba ella?

—Pero ¿qué diablos...?

Lord Kinsberly se había puesto rojo como un tomate mientras miraba un punto tras él. Conan, curioso, giró sobre sus pies para ver qué sucedía.

—¡Harley! —gritó lady Wolfwood.

Harley bajaba las escaleras con tranquilidad mientras era observada. Por sorprendente que fuera, esta vez no lo comprendió.

Podía aceptar que la noche en que la conoció había actuado de una forma peculiar dando a su familia motivos para corregirla, pero en aquel momento, lo único que veía ante él era a una joven con un traje femenino de montar.

—¿Qué crees que haces, Harley?

—Voy a montar, Grace.

—*Ellos* van a montar —puntualizó esta última—. Nosotras vamos a quedarnos en el jardín, como siempre.

Harley lo buscó rápidamente con la mirada, recordando que esa vez no estaba sola con su familia. Conan le dedicó una sonrisa, asegurándole que no tenía de qué preocuparse.

—Quiero montar con ellos.

—Cariño —intervino la marquesa viuda—, debes comportarte, tenemos un invitado.

Ella lo miró nuevamente, y esa vez Conan no sonrió.

Se le habían llenado los ojos de lágrimas, y lo que antes parecía una joven convencida de que no estaba haciendo nada malo, en ese momento era una muchacha avergonzada que deseaba estar en cualquier parte menos ante él, apretando los puños contra su vestido de montar.

—Será un placer que nos acompañe, lady Harley.

No fue consciente de lo que dijo hasta que varios pares de ojos se pusieron sobre él, y al segundo la miraron a ella. Pero no sentía ni un ápice de arrepentimiento por haberse entrometido en algo tan familiar.

—¿Vamos?

Capítulo 7

El paseo a caballo consistía en recorrer la interminable tierra que poseía el título Kinsberly. Llevaban ya dos horas montando y ninguno de los presentes le había dicho que habían llegado a la linde del territorio; eran de verdad una familia muy rica.

Conan apenas contemplaba el paisaje, en realidad. No podía quitarle los ojos de encima a Harley quien, tras su defensa, no se separaba de su vera. Cuando los caballos intentaban tomar distancia entre ellos, los jinetes se encargaban de acercarse nuevamente.

—Eres muy buena montando —le dijo cuando guiaron a sus monturas para unirse. No recordaba en qué momento había dejado de pensar en ella como lady Harley pero, teniendo en cuenta que estaba en su casa campestre y que sentía que la conocía más de lo que él mismo quería admitir, el título de cortesía había dejado de tener sentido—. ¿A qué edad aprendiste a montar?

—Mi padre nos enseñó a Will y a mí al mismo tiempo que enseñó a Amber; nosotros teníamos diez años.

—Un hombre sabio, el marqués; es la mejor edad para aprender a ser un jinete.

Harley sonrió, mirando algo en el cielo que solo ella podía ver.

—Era el mejor padre del mundo.

Conocía la trágica historia del difunto marqués de Kinsberly, toda la ciudad había lamentado su muerte. Lo cierto era que, además de dejar a su familia en un estado irregular en las finanzas, también los había dejado en manos de un heredero que se convirtió en un hombre cruel y sin escrúpulos en lo que a la economía familiar se refería. Recuperó el poderío característico de su apellido, pero no dudó en usar los métodos más drásticos e insensibles para lograrlo. Aun así, en el proceso conoció a la que era ahora su esposa; una historia peculiar, sin duda.

—Gracias por lo que has hecho antes —musitó Harley, devolviéndolo a la realidad.

—¿A qué te refieres?

Ella miró las monturas de los demás, asegurándose de que estaban lo bastante lejos como para no escucharlos.

—Me defendiste.

—Me pareció que estaban exagerando, eso es todo.

—Aun así, gracias.

Conan le dedicó una sonrisa cómplice.

—¿Es así siempre? —le preguntó, aludiendo a la forma en cómo su familia la corregía constantemente. Llevaban solo dos días en aquel viaje, y había podido observar lo suficiente para darse cuenta de que estaba en todo su derecho de secuestrar su carruaje dos semanas atrás para escapar.

Aunque la pregunta fue muy directa y daba por hecho que no le respondería, lo sorprendió cuando ella instó a su yegua detenerse, obligándolo a hacer lo mismo. Justo en ese momento, una enorme nube gris cubrió el sol, dejando un ambiente opaco que los envolvió con una suave brisa fresca.

—Amo a mi familia —le dijo mirándolo a los ojos—, pero llevan años recordándome que no soy lo ellos esperan que sea. Nunca es suficiente, siempre debo hacer más para complacerlos.

—Pues deja de complacerlos.

—¿Cómo hago eso?

—Complaciéndote a ti, por ejemplo —musitó él.

Harley dejó escapar una risa desganada y buscó a los demás con la mirada.

—Ellos solo quieren que me case. Piensan que cuando eso pase seré como tengo que ser: una dama perfecta. Pero para conseguirlo tengo que fingir ser lo que no soy.

—No veo nada de malo en ti, Harley.

Y era cierto.

Por todos los infiernos, era la joven más cautivadora que había conocido. Era precisamente su personalidad lo que lo había cautivado. No podía negarlo: la deseaba. Era un hombre, maldita sea. Un hombre que tenía una clara misión: casarse con la dama perfecta. Y, sin embargo, Harley Kinsberly se había introducido en sus pensamientos sin dejarlo ver a nadie más. Había asistido a bailes, cenas, obras de teatro, incluso había evitado visitarla, pero eran ella y el recuerdo de aquella noche los que lo perseguían.

En ese momento, al contemplarla bajo el cielo gris abriéndole su corazón una vez más, supo que había perdido el rumbo.

—Tenemos que alcanzar a los demás —dijo de pronto.

Ella pareció confusa.

—¿Cómo puede un hombre tan correcto no ver nada malo en mí?

—No estoy seguro de ser tan correcto —musitó él, más afectado de lo que quería admitir mientras la seguía observando—, simplemente me han educado para llevar este título; vivo según lo enseñado.

—Déjame adivinar: tu tío te encomendó la ardua tarea de hallar una esposa digna de ser la condesa de Valldhort.

Conan no vio ninguna sonrisa en sus labios, y él tampoco sonrió. Se limitó a asentir, pues esa era la verdad.

—Tengo una responsabilidad para con mi título.

—No veo que hayas tenido suerte, estimado Conan.

Y tenía el motivo justo delante, pensó.

Un trueno opacó el grito de Wolfwood al llamarlos a lo lejos, no tardaría en comenzar a llover. Harley les hizo un ademán con la mano y todos reiniciaron la marcha.

—Volveremos a casa dando la vuelta al lago —lo informó.

Ella ordenó a su yegua que se moviera, pero algo dentro de él lo hizo detenerla tomando las riendas. El animal se detuvo en seco, chocando con el suyo.

—¿Noto un deje despectivo en sus palabras, lady Harley?

—¿Despectivo?

—No puedo pasar desapercibido el tono en que ha criticado el motivo de ir a la ciudad.

—En absoluto, milord —masculló ella apretando los dientes—. Pero no es un secreto que es usted igual que mi familia: una marioneta de la sociedad.

El insulto caló hondo en sus sentidos. Conan bajó de un salto del caballo sin soltar las riendas de su yegua con una mano, para, con el otro brazo, obligarla a descender. Ambos animales se movieron asustados, acercando sus hocicos entre sí.

—¿A qué viene esto? —le replicó sosteniéndola por el brazo.

Ella no se resistió. Lo miraba con los ojos dilatados desde abajo, casi asustada. Conan no entendía qué estaba pasando, pero se sentía como si hubiera dejado caer una fina taza de porcelana en un rudo mármol.

—Finges comprenderme, pero eres igual de perfecto que ellos y que toda la gente que cree que lo es —musitó—. No entiendo si quiera qué haces aquí en lugar de buscar una joven que cumpla todos tus requisitos para el matrimonio.

—Creía que nos estábamos convirtiendo en buenos amigos.

—¿Qué le ha hecho pensar tal cosa, milord?

—Déjame pensar —gruñó, atrayéndola hacia sí—. Quizás el momento que secuestraste mi carruaje y no te delaté.

—Me ayudaste, es cierto —susurró. Para no perder el equilibrio, se había dejado tomar de la cintura mientras apoyaba sus manos enguantadas en las solapas de su abrigo—. Pero no volví a verte hasta lo sucedido con Will, lo que demuestra que solo fuiste cortés con una mujer en apuros. Está claro que viste en mí todo lo contrario a lo que buscabas.

Conan entrecerró los ojos.

—Estás herida por no haberte buscado tras esa noche.

No era una pregunta; lo sabía. Había herido su orgullo femenino, las rosadas mejillas que se encendían en su rostro ese momento se lo confirmaron. Ella intentó zafarse de él, de pronto más furiosa que antes, pero él no la soltó.

Una ola de calor lo recorrió entero cuando la sintió a lo largo del cuerpo moverse contra él. Se sentía más que halagado de saber que el sentimiento de confusión había sido mutuo, pero su caballerosidad comenzaba a darle una sensación de inquietud.

—No es lo que piensas, Harley.

Ella se quedó muy quieta, dejando que él la acariciara con la mirada como lo estaba haciendo en ese instante. Varios truenos le advirtieron que la lluvia estaba por caer, pero le bastó mirar sus temblorosos labios rosados para olvidarse del tiempo, de su familia y de todo el decoro que se le había inculcado.

Cuando la besó, la primera gota cayó sobre su frente.

Harley se dejó besar, e incluso le correspondió al beso al instante. Sus brazos menudos se aferraron a su cuello de la forma más sensual e inocente, haciéndolo profundizar más el beso en su silenciosa petición.

Se olvidó de las monturas y la sostuvo por la cintura con ambas manos.

¿Por qué habían empezado a discutir? Aquel beso lo estaba haciendo olvidarse de todo.

Se olvidó de su tío, de las reglas, de su deber de buscar una esposa perfecta, del recato, la decencia, el decoro...

Subía y bajaba las manos por su pequeño cuerpo sin cesar, aumentando la respiración de ambos entre beso y beso.

—Eres tan...

Ella lo miró con los ojos nublados por el deseo, incitándolo a acabar la frase. Pero Conan no fue capaz. La tomó por el cabello ya húmedo por la suave lluvia que caía y se apoderó de su boca.

Harley gimió por lo bajo mientras se aferraba a él, abandonada por el placer que le producían sus besos. Conan fue muy consciente de que era el dueño de ese deseo.

—No pares... —gimió ella cuando él se separaba para tomar aire.

Y no lo hizo.

Aprovechando que el cuerpo de los caballos los obligaba a pegarse más entre sí, Conan la apretó contra él hasta escucharla gemir nuevamente. La hizo ser consciente del deseo irracional que estaba despertando en él.

—No he conocido a nadie como tú, Harley.

—Ni lo harás...

Su arrogancia le pareció tan cierta y especial que no pudo evitar sonreír contra sus labios.

—Lo siento —musitó ella avergonzada por sus palabras—. No sé por qué he dicho eso.

Aunque el beso había cesado, Conan no tomó distancia ni soltó su rostro ovalado entre sus manos.

—Será porque es cierto —musitó, y acto seguido le depositó un suave y delicado beso en la mejilla.

Si había querido ignorar a aquella joven de tan peculiar personalidad, acababa de fracasar en el intento.

—Lamento el berrinche, por un momento me sentí... fuera de lugar contigo también. En ocasiones me parece estar hablando con Byron.

Desde luego era un cumplido que lo compararan con el marqués de Kinsberly, pero no era de su agrado saber que lo hacía aludiendo una incomodidad.

—No juzgo ni voy a juzgar cómo eres —le dijo con el ceño fruncido—. No me pareces en absoluto una joven descarriada.

Ella bajó la vista hasta su pecho.

—¿Y esto que acabamos de hacer no es ser una muchacha descarriada?

Conan sonrió mientras la miraba cubrirse con un manto de timidez.

—No ha sido culpa tuya; yo no podría haberme resistido, aunque quisiera.

Harley levantó la vista hacia él, asombrada por sus palabras. La lluvia la obligó a entrecerrar los ojos, lo que le dio un aspecto más inocente si era posible.

—¿Insinúas que lo deseabas?

—No lo insinúo, lo digo.

—Pero... ¿cómo?

—Desde la primera noche, Harley —susurró mientras la acariciaba—. Jamás me has parecido una muchacha indecente, como piensa tu familia. Simplemente eres... peculiar. Y por eso te deseo mucho más.

—Pero debes buscar una esposa adecuada para ti, que no tenga ni un escándalo a su espalda.

Tenía razón, por supuesto, y lo alegraba que ella comprendiera lo que debía cumplir, al igual que él la entendía con sus problemas.

—No me importa eso en este momento —dijo—. Me siento... protector contigo. No lo comprendo ni yo, de ser sinceros. Pero no soporto la idea de que lo pases mal con las exigencias de tu familia. —Ella no podía apartar sus ojos de él. Sabía que la había sorprendido con sus palabras, pero esa era la realidad de lo que sentía—. Creo que debes casarte con alguien que te quiera tal y como eres. Tienes tiempo, Harley, eres muy joven.

De pronto, sin esperarlo, ella se abalanzó sobre su cuello y lo abrazó con tanta fuerza que le apagó el frío que la lluvia había comenzado a despertarle. Cuando volvió a mirarlo sonreía, y Conan no pudo evitar besarla otra vez.

—Si me vuelves a abrazar así no podremos irnos nunca de aquí, y ellos son tres, Harley.

Harley miró a su alrededor y no vio ni rastro de su hermano y sus cuñados, debían estar ya en la casa, esperándolos.

—Ya sé cómo lograr que me dejen en paz —dijo, volviendo a centrarse en él.

Él arqueó las cejas, sorprendido a la par que contento de que aquel momento tan especial la hubiera ayudado a sentirse mejor.

—¿Cómo, querida?

—¿Vas a ayudarme? —le preguntó, muy seria de pronto.

No sabía en qué podía necesitar ella su ayuda, pero antes no había mentido: quería protegerla de los duros comentarios de su familia y, si lo necesitaba para lograrlo, estaba dispuesto a colaborar y posponer sus propias obligaciones. Además, si eso significaba estar cerca de ella, sería una tarea que haría con gusto.

—Por supuesto —respondió mientras la besaba—. Dime cómo puedo ayudarte.

Un trueno enfureció la lluvia, haciéndola caer con mucha más fuerza. Harley lo atrajo hacia sí para volverlo a besar y él se dejó hacer, prestando atención a lo que le susurró mientras lo hacía.

—Cásate conmigo.

Capítulo 8

La idea fue tan descabellada que parecía perfecta.

Harley estaba tan satisfecha por su plan, que tanto ella como Conan dieron la noticia la noche siguiente, conscientes de que debían aprovechar el viaje a Kinsberly Hall para llevarlo a cabo.

Si los Kinsberly se sorprendieron, no dieron muestra de ello. Tanto Byron como los demás recibieron la buena nueva con una sonrisa y un semblante tranquilo. Hubo felicitaciones a lo largo de la noche y algunas frases como:

—Ha sido sorprendentemente rápido.

Conan se mostraba cariñoso y complacido, tal como lo acordaron. Disponían de dos semanas para convencer a todos de que era totalmente capaz de conseguir prometerse con alguien siendo tal y como era. Después, él regresaría a Londres y buscaría una esposa acorde a las exigencias de su título, y ella se quedaría en Kinsberly Hall fingiendo haber tomado una mala decisión al aceptar su propuesta de matrimonio.

Era un plan perfecto.

Su familia se convencería de que podía lograr marido sin tener que cambiar y, entonces, la dejarían en paz.

Al principio, la sorpresa de la propuesta fue tan grande que dio por hecho que diría que no, pero cuando le dijo a Conan que todo quedaría en aquellas dos semanas en Kinsberly Hall, no pudo poner objeciones. Le había asegurado, y hecho sentir, que haría cualquier cosa para ayudarla y protegerla. Y, lamentablemente, esa era la única forma.

Habían quedado a media noche en la biblioteca del segundo piso para tantear la situación y organizar nuevas situaciones que pudieran colaborar con el propósito de la farsa. Caminaba sigilosamente por el pasillo cuando escuchó una puerta abrirse al otro lado del pasillo.

Al no llevar vela, pudo esconderse entre las sombras para no ser vista por Grace, que salía en aquel momento de su cuarto. La vio dirigirse en su dirección, y estuvo a punto de entrar en pánico hasta que su hermana se desvió y tomó la escalera para bajar a la planta baja.

Continuó su camino hasta llegar a la biblioteca y, cuando entró, una penumbra absoluta la recibió.

—¿Conan? —susurró.

No obtuvo respuesta, pero un sutil movimiento a su izquierda la sobresaltó.

—No grites —susurró Conan entre las sombras.

Harley dejó escapar el aire contenido mientras localizaba a su amigo en la oscuridad.

—¿No tienes una vela?

—Verían la luz bajo la puerta.

Harley asintió, de acuerdo.

—Acabo de ver a Grace por el pasillo, no podemos durar mucho aquí.

Conan buscó su mano a tientas y la guio hasta una butaca cercana. Harley tomó asiento y esperó que él se sentara a su lado, pero se quedó en pie frente a ella.

—Hay algo que me inquieta.

Harley intentó distinguirlo lo mejor que pudo en la penumbra.

—¿Qué sucede? Todo está saliendo mejor de lo que yo misma pensaba.

—Cierto —afirmó él—, pero he escuchado a la esposa de Byron hablar sobre un baile de compromiso, Harley.

Eso no lo esperaba.

—¿Cuándo?

—Esta tarde, lo comentaba con tu hermana Amber.

—No contaba con eso.

—Esto no se nos puede ir de las manos, pequeña.

Harley comprendía su preocupación. Había accedido sin quejas a ayudarla con su plan, pero no debían olvidar que Conan tenía que buscar una esposa en cuanto regresara a Londres, y un baile podía imposibilitar su búsqueda si el rumor de aquel compromiso falso comenzaba a extenderse.

—No te preocupes, Conan. Me encargaré de que ellas mismas comprendan que un baile no es una buena idea.

—Están muy ilusionadas con el compromiso.

Harley no pudo pasar desapercibido el tono apesadumbrado de su voz.

—Sí, no cesan de decirme que he cazado un buen partido.

Conan dejó de caminar y se inclinó sobre ella, acercando su rostro lo bastante como para oler la loción que solía ponerse tras afeitarse.

—No quiero discernir sobre tu idea, pero ¿no te parece que cuando rompas el supuesto compromiso volverán a presionarte?

—Ya no hay marcha atrás —replicó ella—. Te verán tan convencido por casarte conmigo que estarán seguros de que fue cosa mía. Y no les quedará duda de que el problema no soy yo.

Conan rio entre dientes.

Cuando depositó un suave beso en su frente, se sintió segura. Tenía la certeza de que tenía su apoyo incondicional, se lo había demostrado aquellos días, y lo seguía haciendo al no revocar su decisión de ayudarla al comprender que su proyecto de encontrar esposa podía verse afectado por ello.

—Conan —musitó. Él esperó en silencio a que continuara, pero al ver que no lo hacía se

arrodilló frente a ella y se apoyó en sus rodillas. Jamás había pensado que llegarían a ese punto de familiaridad—. No sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

Con delicadeza, Conan la tomó de las manos y le depositó un suave beso en el dorso de ambas. Primero en una, con suavidad, y después en la otra, más intensamente.

—Necesito que todos vean lo maravillosa que eres. Que no tienes que cambiar nada de ti.

Harley suspiró. Le faltaba el aire cuando lo tenía tan cerca y le decía cosas como aquella. Y lo cierto era que, desde su falso compromiso, no había parado de dedicarle palabras bonitas y sutiles caricias que le hacían dudar por breves momentos si había algo de realidad. Cuando estaban ante su familia, intentaba estar cerca de ella, y, las veces que se habían visto a solas, no desaprovechaba la oportunidad de cogerle el pelo, las manos, acariciarle la mejilla.

Todas aquellas muestras del afecto que no dudaba que sentía por ella comenzaban a confundirla, deseando momentos como aquel para volver a disfrutar de él.

Conan tenía razón, no tenía por qué cambiar. En el proceso no solo estaba dispuesta a convencer a su familia, sino a sí misma. Y empezaría por no refrenarse a hacer las cosas que quería hacer.

—Harley...

Pero no pudo continuar, porque, llenándose de valor, Harley lo tomó por la camisa medio abierta y lo atrajo hacia ella para besarlo. Cuando él le cogió el rostro entre las manos y la detuvo, sintió miedo de que la juzgara por ser tan osada.

No habían vuelto a besarse, y no era lo mismo que él iniciara el beso a que ella se abalanzara sobre él como lo acababa de hacer. Pero, en lugar de reprenderla o apartarse, Conan la tomó por la cintura y la sostuvo hasta dejarla de espaldas sobre la cálida alfombra.

—Harley, ¿sabes que no está bien?

Ella asintió, con el sentido nublado al sentir su cuerpo sobre el suyo.

—No pude evitarlo.

—Yo tampoco —gruñó él—. Pero no me debo aprovechar de ti, pequeña. Esto es solo un plan, debes seguir intacta para tu futuro esposo.

—Ahora mismo tú eres mi futuro esposo.

Era lo peor que podía haber dicho. Lo supo en el momento en que él detuvo las caricias y la miró directamente a los ojos.

—¿Cómo has dicho?

¿Cómo había podido decir algo así? En ese momento, él pensaría que para ella todo era real, que estaba enamorada de él y que todo era un plan para que se casara realmente con ella.

—Conan, yo...

Pero un ferviente beso reclamó su boca y la cubrió con exigencia. Fue un beso muy distinto al anterior y al de hacía unos días. Harley se abandonó a él como su interior le pedía que lo hiciera. Sus cuerpos se buscaban con desesperación y él no le daba oportunidad de recuperarse entre beso y beso.

—Si soy tu prometido, tengo derecho a besarte cuando yo quiera —masculló mientras dibujaba una caricia con la lengua por su garganta.

—Sí.

—Y a acariciarte.

—Sí.

—Y a visitare por las noches hasta que decidamos ya no estar prometidos.

—Sí.

—¡Harley!

Los dos rieron por lo bajo.

—¿Qué sucede? —preguntó divertida—. Habíamos quedado en que no tenía que cambiar nada de mí, lord Valldhort.

—Eres lasciva.

—Quizás...

—Y me encanta.

Pensó que volvería a besarla hasta hacerle perder el sentido, bien sabía Dios que lo deseaba. Pero se puso en pie y la ayudó a incorporarse después.

—Debemos irnos, mi dulce niña rebelde.

—Mañana me encargaré de ese baile.

Conan asintió.

—Mañana, amor mío, será un gran día.

Iba a preguntar a qué se refería exactamente pero, después de darle un último beso, se marchó con el mismo sigilo que había aparecido.

Capítulo 9

Poco más de una semana después del anuncio del compromiso, se organizó una cena en honor de los novios. Harley había conseguido disuadir a sus hermanas sobre la idea del baile aludiendo que la temporada social estaba a la vuelta de la esquina, y que debían esperar a estar en la ciudad nuevamente para disfrutar de los invitados más allegados a la familia. No fue fácil que lo vieran de esa forma, ya que Byron se negaba a volver a la ciudad. Pero, finalmente, y con la ayuda de Conan, consiguieron convencerlos de que querían tener una fiesta mucho más grande en la que celebrar su amor.

La cena en su honor fue idea de la marquesa viuda para que celebraran entre ellos la futura unión de su hija pequeña.

Harley estaba terminando de acicalarse para bajar cuando tocaron a la puerta.

—Adelante —musitó.

A través del espejo, pudo ver a Grace. Llevaba un radiante vestido verde que llenó la habitación de luminosidad.

—Estás preciosa —le dijo.

—No más que tú, hermanita —susurró admirada, mientras su doncella terminaba de fijar el último tirabuzón—. Pareces una estrella, Harley.

—Déjanos solas, por favor —le pidió a su doncella.

Una vez así, Grace se acercó a su hermana y se sentó a su lado en la amplia butaca del tocador.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, por supuesto —respondió Harley.

—Debes sentirte muy afortunada, has encontrado esposo incluso antes de la temporada social.

—Lo soy —musitó, bajando la vista; le costaba mentirle a su hermana mayor mirándola a los ojos—. Aunque será una pena no disfrutar de los bailes.

Grace la miró con sorpresa.

—¿Quién ha dicho que tienes que renunciar a los bailes? Conan y tú podéis asistir a todas las fiestas que queráis como prometidos.

Harley asintió. No tenía pensado asistir a ningún baile.

Después de acabar con la farsa, se recluía en su cuarto por unas semanas, dando a entender a todos que no quería seguir buscando marido porque ninguno cumpliría con sus exigencias. Se

trataba de eso, de que todos pensaran que era ella quien debía dar el visto bueno, y no al revés.

—Seguro que él estará encantado.

—¿Sabes lo que más feliz me hace? —le preguntó Grace con lágrimas en los ojos.

La culpabilidad de Harley aumentaba por segundos. Negó con la cabeza, animándola a seguir.

—Que te veo tan enamorada como lo estaba yo, y como lo estaba Amber, incluso Byron. Y nos hace muy felices que te cases por amor.

Sin poder evitarlo, un fuerte peso en el pecho la comenzó a ahogar.

—Grace, yo...

Quería contárselo. Quería decirle toda la verdad, necesitaba ser sincera con su hermana, a la que siempre había admirado a pesar de verse incapaz de ser tan perfecta como ella.

—Lo sé, Harley —la cortó ella—. Lo amas, y eso está bien. No debes tener miedo, es lo más hermoso que puede sucederte: un matrimonio con amor es invencible.

Una lágrima rebelde resbaló por la mejilla, rosada por los polvos, dejando un rastro visible de su culpabilidad.

—Oh, Harley —musitó Grace mientras la abrazaba—. ¿Tanto lo amas, querida? ¿Estás asustada por ello?

Harley comprendía que ella pensara eso. Tenía diecisiete años, y estaba prometida con un hombre que había conocido hacía poco tiempo. Todos la habían presionado tanto a casarse, que su hermana debía dar por hecho que, ahora que estaba prometida, podía sentirse confusa.

Pero de pronto comprendió que las lágrimas de sus mejillas no eran de culpabilidad.

Sino porque Grace tenía razón, lo amaba.

Se había enamorado, cayendo en su propia mentira.

—Sí —musitó en un susurro.

—Tranquila —la calmó Grace—. Hacéis muy buena pareja. Y a mamá y a Byron les parece bien. No tienes nada de qué preocuparte. —Su hermana se puso en pie y se encaminó hasta la puerta—. No tardes, querida, tu prometido te espera abajo con una sorpresa.

Conan quedó deslumbrado en cuanto la vio.

Debía ser sincero consigo mismo: se había maravillado con lo hermosas que eran todas las damas de aquella familia. Incluso la marquesa Kinsberly vestía con sus mejores galas aquella noche, lo que representaba la importancia que tenía para ella.

Pero, cuando vio a Harley, fue como perder el sentido por un instante.

El vestido azul que cubría su pequeño cuerpo parecía hecho a su medida. Las lentejuelas que lo adornaban la hacían brillar más, si eso era posible, y su cabello relucía con aquel moño hecho a base de tirabuzones.

La recibió con un ramo de flores que él mismo había recolectado del jardín privado de la marquesa, y no se avergonzó en absoluto mientras le colocaba una pequeña flor tras la oreja, que la hizo ver más hermosa si cabía.

Mientras cenaban, todos contaban anécdotas divertidas sobre las travesuras de los gemelos

cuando eran más pequeños, lo que le hizo conocer que, desde siempre, había sido de un espíritu rebelde. Varias veces la encontró mirándolo fijamente, y en cada una de ellas su corazón se detenía por un segundo. Pero un matiz de preocupación comenzó a adueñarse de él cuando se percató de que Harley no sonreía.

—Harley, querida —la llamó la marquesa viuda—, ¿para cuándo habéis pensado la boda?

Harley lo buscó con la mirada, incómoda.

—No lo hemos hablado, mamá.

—Habíamos pensado en un noviazgo largo, milady —intervino Conan.

—Me parece bien —dijo Amber—. Harley es muy joven, no sería mala idea.

Conan frunció el ceño; ellos mismos la habían impulsado a buscar marido con diecisiete años. ¿Ahora era muy joven?

Cuando la miró, esta estaba con la mirada fija en su plato.

—Yo no soy mucho mayor —replicó él—, apenas soy unos seis años mayor que lady Harley.

—Y ya es todo un caballero, lord Valldhort —dijo la marquesa viuda—. Me tranquiliza saber que mi hija se va a casar con alguien que la instruya bien.

Esta vez, Harley sí levantó la vista, y la clavó firmemente en su madre.

—Mamá —masculló, indignada.

La aludida la miró, sin comprender su tono de voz.

—La cuidaré bien, milady, si a eso se refiere.

Todos posaron sus ojos sobre Conan, incluida Harley.

—Por supuesto que a eso se refiere —masculló Byron, perspicaz con la situación.

Harley fue consciente de la defensa de Conan, al igual que el punto final de Byron a los comentarios de su madre. Pero se le había cerrado el estómago, se sentía abrumada por tantas voces hablando al mismo tiempo y no podía dejar de recordar el momento en que Conan le colocó la rosa que llevaba tras la oreja, mientras le susurraba que estaba preciosa.

Levantó la vista hacia él, y la estaba observando con el ceño frunció y semblante preocupado.

Debía terminar con aquello, pensó angustiada.

Se había enamorado, había caído en su propia mentira, en su propio plan. Y en esos momentos no podía mirarlo sin recordar sus besos, sus caricias, y la facilidad con que estaba dispuesta a aceptar encuentros con él en mitad de la noche, con tal de poder tenerlo cerca cuánto pudiese.

Lo quería. Y él marcharía en unos días a Londres a buscar una esposa para su título.

Debían terminan con la farsa cuanto antes.

—Tengo algo que decir —dijo, alzando la voz para hacerse oír.

Lo dijo sin dejar de mirarlo, y fue plenamente consciente del momento en que él comprendió lo que iba a hacer.

—No... —Vio que articularon sus labios.

Harley se puso en pie, llamando la atención de todos. Conan no le quitaba los ojos de encima, negando débilmente con la cabeza.

—¿Qué sucede, Harley? —preguntó Byron, alertado por sus miradas.

Abrió los labios para decir que era todo mentira, que no estaban prometidos. Que los había engañado para que la dejaran en paz. Se disculparía por engañarlos de esa manera y diría que ella había convencido a Conan para que la ayudara, pues se negaba a que lo culparan a él lo más mínimo. Pero, entonces, Conan susurró algo que solo ella, frente a él, pudo escuchar:

—Aún no...

¿Aún no? ¿Qué significaba eso? ¿Quería alargar más aquella farsa? Se marchaba en cuatro días a la ciudad, al igual que todos, menos Byron y su familia. Debían terminar antes de la partida, romper el compromiso falso que habían organizado. Porque, además, acababa de darse cuenta de que no habían logrado nada. Lo único que había conseguido había sido engañarse a sí misma y enamorarse del hombre más correcto; todo lo opuesto a ella.

Intentó hablar, balbuceando cosas sin sentido mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Y, entonces, él se levantó de la silla ruidosamente y dio la vuelta a la mesa hasta llegar a ella.

—Conan...

—Si nos disculpan —masculló. Y acto seguido la tomó de la mano y la sacó de allí.

Capítulo 10

—¿Qué pensabas hacer, Harley?

El tono furioso de su voz tras su espalda la sorprendió. No se atrevía a mirarlo con los ojos llenos de lágrimas, por lo que corrió a refugiarse apoyada en el escritorio central de la biblioteca mientras él cerraba la puerta.

—Tenemos que acabar con esto —musitó.

—Esto no estaba en el plan —replicó él, obligándola a mirarlo. Cuando sus ojos se encontraron, Conan la observó detenidamente, intentando descifrar lo que fuera que pudiera leer en su rostro—. ¿Esto tiene que ver con la farsa?

Ella asintió.

—No está sirviendo de nada, Conan. Todo sigue y seguirá igual. Y lo cierto es que ya me da igual.

—¿Te da igual?

—Quiero que acabemos con esto —dijo ella, volviendo a darle la espalda—. Pronto regresaremos a Londres, hay que hacerlo ya.

Un silencio doloroso siguió a sus palabras. Había hablado con tanta frialdad que, de no ser por los rápidos latidos de su corazón, casi podía decir que había llevado la situación con la mente fría.

—Muy bien, pues sal ahí y diles a todos que no soy lo suficientemente bueno para ti —gruñó él—. Pero intenta recordar que es de ti de quien hablas.

Aquel ataque la obligó a apartar las lágrimas que se acumulaban en sus mejillas con el dorso de la mano para girarse hacia él y enfrentarlo.

—¿Cómo te atreves?

—¿Cómo te atreves tú a usarme de esta forma?

—Estuviste de acuerdo en ayudarme —replicó ella.

—Ayudarte, Harley, no ser tu comodín desechable en cuanto pensaras que ya no te hacía falta.

Harley ahogó una exclamación, indignada por el rumbo que tomaban los pensamientos de Conan.

—Eso no es lo que sucede.

—Entonces explícamelo, querida, porque no me creo ni una maldita palabra de lo que me dices.

Puedo ver claramente en tus ojos que me estás mintiendo.

—Te has dado el lujo de pensar que me conoces.

—Porque te conozco —masculló mientras la arrinconaba contra el escritorio—. Te mientes fingiendo que no te importa ser diferente, cuando te atormentas por creer que nadie te acepta tal y como eres.

—Conan —lo advirtió ella.

—No eres más que una niña que juega a ser una mujer segura de sí misma.

Supo que estuvo mal, incluso antes de hacerlo.

Harley lo empujó con todas sus fuerzas para alejarlo de sí, y acto seguido lo abofeteó tan fuerte como fue capaz. El sonido del golpe rasgó su corazón de la misma forma que él acababa de rasgar su orgullo.

Y lo peor de todo era que tenía razón, pero no había nada más doloroso que escuchar la verdad de los labios del hombre del que se había enamorado.

Conan volvió a mirarla. Se tapaba la boca con las manos para evitar gritar por el horror de lo que acababa de hacer. Estaba segura de que se marcharía en aquel instante y le contaría él mismo a su familia el infame plan que había organizado para poder sentirse más segura de sí misma.

Pero no fue eso lo que sucedió.

Conan acortó en dos zancadas la distancia que los separaba y la abrazó. La escondió entre sus brazos y la apretó contra su pecho tan fuerte como le pareció que ella lo necesitaba. Harley dejó ir el llanto y lloró.

—Perdóname —le susurró Conan al oído—. Perdóname, amor mío.

Apenas fue consciente de cuando él se sentaba en una de las cómodas sillas del escritorio y la sentó en sus piernas.

—Conan, yo...

—Acabaremos con esto si así lo deseas, pequeña —le susurraba él, mientras la llenaba de suaves besos por el rostro, hasta que consiguió que lo mirara—. Contaremos la verdad si lo prefieres. Te aman, y lo entenderán. Quizás entonces todo cambie de verdad.

Harley se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Cuando vuelvas a la ciudad debes estar libre para cumplir tu cometido.

Conan se la quedó mirando un segundo antes de bajar la mirada y asentir.

—Hablaré con tu hermano —dijo sin más.

—¿Con Byron? ¿Por qué?

Conan volvió a mirarla, muy serio.

—No quiero que les cuentes la verdad, Harley. No soportaría pensar que esto no ha servido para nada. Le diré que no estabas convencida y que has decidido finalizar el compromiso. Como bien dijo tu hermana, eres joven, y lo entenderán. —Ella no dijo nada, perdiéndose en aquellos confusos ojos oscuros—. Se lo diré esta misma noche, y mañana me marcharé.

—¿¡Qué!?

—Ya no tendré nada que hacer aquí, Harley. Y no veo coherente quedarme cerca de ti.

—¿Por qué no?

Él tomó una de sus manos y se la llevó a los labios.

—Te deseo, y no quiero aprovecharme de ti; ya te lo he dicho antes.

—Conan...

No la dejó terminar. Con suavidad, la puso en pie para reincorporarse, y se arregló la elegante chaqueta antes de volver a hablar.

—Iré a buscar a Byron.

Harley abrió la boca para decir algo, pero los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas cuando él la miró fijamente y descendió para darle un delicado beso en los labios.

—Esto es para que no olvides nunca lo maravillosa que eres.

—Tú no buscas una mujer así —gimió ella contra sus labios, aún junto a los suyos.

—No, tienes razón. Pero, a pesar de ello, estaba satisfecho.

Volvió a besarla, esta vez con más intensidad que la anterior. Antes de que ella pudiera corresponderle, él se alejó y se encaminó hacia la puerta. Entonces Harley recordó a su hermano William, con quien había discutido toda su infancia por las cosas más simples, por el simple gusto de tener la razón. Y, a medida que fueron creciendo, nunca permitió que la intimidara.

Así era Harley Kinsberly: valiente e impetuosa. Especial, a la par que incorregible. ¿Qué la hacía ahora actuar con pudor, cuando jamás lo había hecho?

—Me he enamorado de ti —dijo, con la suficiente firmeza para que él la escuchara. Cuando se detuvo y giró en redondo, le entró pánico por un breve instante. Pero si todo había terminado, ya le daba absolutamente igual—. Por eso quiero terminar con el plan.

Él volvió sobre sus pasos sin apartar la mirada de ella.

—¿Cómo dices?

Harley tragó saliva cuando estuvo frente a ella nuevamente, alzó la mirada y se cuadró de hombros para decir lo que sentía. No volvería a contener sus pensamientos nunca más.

—Que me he perdido en mi propia mentira, y me he enamorado de ti. Pero debes buscar una esposa como tu tío te pidió que la buscaras. Así que acabemos con esto ahora y así podrás marcharte tranquilo. —Él continuaba sin decir nada—. Necesitaba decírtelo, Conan.

—Eres mucho más insensata de lo que yo creía.

Harley parpadeó, sorprendida por sus palabras.

—Puedes olvidar lo que he dicho en cuanto cruces esa puerta y hables con mi hermano —masculló—. No tienes ninguna obligación conmigo por decirte esto.

Conan negó con la cabeza.

—Dios, qué necia eres.

Estaba a punto de replicar, indignada, cuando de pronto él la atrajo con fuerza hacia su pecho y la tomó del mentón con una mano.

—¿De verdad crees que todo ha sido un juego para mí? ¿Crees que el deseo que me despiertas

también forma parte de un plan?

—No comprendo, Conan, tú...

—Yo necesito una esposa —la cortó, acariciando con suavidad su labio inferior—. Y la encontré en el primer baile al que asistí.

Pensó que lloraría al escucharlo pero, en lugar de eso, un fuerte deseo se apoderó de ella cuando él le mordió el labio que acaba de acariciar.

—Ahora soy yo quien te lo pide, Harley Kinsberly —susurró, mientras la obligaba a levantar la mandíbula para llegar a su cuello. Lo encendió la forma en que su pulso se aceleró al sentir su aliento—. Cásate conmigo.

Como respuesta, Harley se abrazó a él para no caer cuando él debilitó todos sus sentidos al morderla. El gemido que escapó de sus labios los llevó a ambos a un frenesí.

Conan buscó su boca con urgencia y se apoderó de ella sin piedad, obligándola a abrirse espacio para sondearla con la lengua, haciéndola gemir entre sus brazos. Recordando que estaban en la biblioteca, dio un paso al frente que la obligó a retroceder y apoyarse en la mesa de caoba, donde la sentó, y abrió sus piernas para situarse entre ellas.

—Me encargaré de que todo el mundo sepa lo perfecta que eres, mi pequeña rebelde.

Cuando descendió las manos en una torturadora caricia por su cintura hasta llegar a su cadera y bajar por los muslos, la tela comenzó a estorbar. Harley exclamó contra su beso cuando él levantó el vestido lo suficiente como para que pudiera sentir la potencia de su deseo.

—¡Dios santo! —exclamó, haciéndolo sonreír sin detener el beso.

—Te adoro, pequeña, y me temo que no puedo esperar más.

—No esperemos más —jadeó ella—. Quiero ser tuya.

Conan no pudo evitar reír mientras buscaba con desesperación alguna forma de llegar a ella entre las enaguas.

—Oh, Señor, eres maravillosamente traviesa.

Pero el estruendo de una puerta chocar con la pared lo sacó del trance de inmediato.

Conan miró por encima del hombro, sobresaltado, y vio a un lord Kinsberly nada sorprendido, pero sí furioso.

—Me temo que, si tan desesperado está por la noche de bodas, lord Valldhort, va a tener que olvidarse de un noviazgo largo —rugió.

Ignorándolo, cubrió cuánto pudo a Harley con su cuerpo para protegerla de la vista del marqués.

—¡Byron! —exclamó Harley, escondida tras su espalda, ahora que lo miraba directamente a él.

—Debería darte vergüenza tu comportamiento.

—Ya no te diriges a tu hermana, Byron, sino a mi prometida.

—¡Cállate! O me olvidaré de lo que hiciste por William. Está actuando como una indecente y ella lo sabe muy bien.

Al escuchar un gemido y sentir cómo apretaba la frente contra su espalda, Conan no pudo

contenerse.

—No ayudé al pequeño Kinsberly con ninguna doble intención, vamos a otra parte y solucionamos esto entre los dos, si así los deseas, pero a ella no vuelvas a ofenderla.

Byron entrecerró los ojos y salvó la distancia hasta ellos. Cuando volvió a hablar, lo hizo entre los dientes.

—Estabas a punto de deshonorar a mi hermana, no me tientes.

—Exacto: yo iba hacerlo. Insúltame a mí, Kinsberly. No permitiré que vuelvas a ofenderla ni a avergonzarla. Y eso va para toda tu familia.

—Conan, por favor —intervino Harley, bajando de la mesa y poniéndose a su lado. No estaba segura de si serían capaces de pegarse, pero puso una mano en el pecho de Conan para calmarlo.

—¿De qué diablos hablas? —rugió Kinsberly.

Conan se zafó de ella pero, en lugar de alejarla, la puso tras él con un ágil movimiento.

—La habéis atosigado con estúpidas reglas y correcciones desde que os conozco —masculló—. Pero, a partir de este momento, nadie va a atreverse a decirle nada más.

—Lo hacíamos porque la queremos, y queríamos lo mejor para ella.

—Pues probad a dejarla ser ella misma, quizás os llevéis una sorpresa.

Un silencio denso y peligroso se adueñó de la estancia. Harley estaba tan asustada que apenas se dio cuenta de que los gritos y la puerta abierta habían hecho aparecer a sus hermanas, que miraban todo con cautela desde la entrada.

En ese instante todos sabían lo que había estado a punto de hacer; la juzgarían más que nunca.

Sin embargo, no era una mirada acusatoria lo que había en sus ojos. Grace casi parecía sonreír, y Amber miraba con desaprobación a Byron, no a ella ni a Conan.

—Por favor, Byron...

El marqués miró a su hermana pequeña por encima del hombro de Conan, que se negaba a dejarla salir de su escudo protector.

—¿Te atreves a cuestionar el amor de mi familia por ella, Valldhort?

Conan negó con la cabeza.

—No dudo de vuestro amor, porque es imposible no amarla. Yo mismo me he enamorado de ella sin apenas darme cuenta, maldita sea. Pero no os permitiré que la hagáis sentir insegura con vuestras innecesarias correcciones. A partir de hoy, Harley es responsabilidad mía. Y no tengo nada que cambiar sobre ella.

A pesar de la gravedad de la situación, Harley no pudo evitarlo: sonrió.

Conan sintió su sonrisa y la invitó a ponerse a su lado para mirarla intensamente mientras le acariciaba una mejilla. Los dos parecían haberse olvidado de que no estaban solos, hasta que Grace carraspeó suavemente.

Cuando alzó la vista, su hermano intentaba disimular una sonrisa.

—Entonces tienes un problema, Valldhort —dijo para llamar su atención, poniéndose serio nuevamente—. Todavía hay algo que debes cambiar sobre mi hermana.

—¿Qué? —preguntaron los dos al unísono.

Byron puso los ojos en blanco y les dio la espalda, dirigiéndose a la puerta donde sus hermanas intentaban contener la risa mientras salían.

—Su estado civil; os quiero casados antes de que acabe la semana.

Epílogo

Consiguieron una licencia especial con las ya conocidas influencias de lord Kinsberly y se casaron en una sencilla capilla de Kent.

Harley fue la protagonista de varios discursos de boda en los que su madre, principalmente, se disculpaban por haber sido tan duros con ella. Pero de pronto ya no le parecía que lo habían sido tanto, sino que ella misma se había juzgado con dureza.

Conan le había hecho comprender que, si ella no se consideraba perfecta, ellos tampoco lo harían.

—¿En serio todo era una artimaña? —preguntaba Cedric Bussarch cuando terminaron de contar el curioso plan que los había llevado hasta el altar.

—Esto no lo esperaba —reía Amber.

Conan había accedido de buena gana a que Harley les contara todo, tras explicarle que no podía guardar un secreto así a su familia. Pensaba que se ofenderían o dirían algo desagradable, pero todos se habían echado a reír sin control, mientras más detalles de la farsa aportaban.

—Y ¿desde cuándo exactamente comenzó el plan? ¿Venir a Kinsberly Hall fue el detonante?

—De hecho —explicaba Conan, confuso—, la idea surgió después de varios días aquí.

—Pobrecitos —sonreía Grace.

—Desde luego —asentía Sofía.

Harley miró a su marido con el ceño fruncido, este se encogió de brazos.

—¿Qué os hace tanta gracia? —les preguntó a todos—. ¿No deberíais estar enfadados?

Las risas se fueron apagando mientras se miraban entre sí para decidir quién tomaba la palabra. Finalmente, fue Byron el que habló. Y, a pesar de hacerlo tan serio como siempre, su tono de voz iba acompañado de una ternura por su hermana pequeña que evocó los días en vida de su padre.

—Pequeña, nunca nos engañasteis —musitó—. Perdisteis en el preciso momento que decidisteis jugar a fingir; supe que este día llegaría desde que te vi subir a ese carruaje.

Harley agrandó los ojos como platos. Miró a Conan, pero este estaba igual se sorprendido.

—¿¡Me viste!? —le preguntó a su hermano, recordando la noche de su cumpleaños, cuando secuestró un carruaje que creía vacío y halló dentro al hombre que le cambiaría la vida.

—Por supuesto que te vi —afirmó—. Y estaba dispuesto a retar a duelo a su dueño, hasta que lo vi habar contigo en el baile. Y lo comprendí.

Si había una forma de ganarse el respeto de lord Byron Kinsberly, era que cuidaran de su familia, y Conan lo había logrado al enfrentarse a él para defenderla.

Entre ambos hubo un breve asentimiento de comprensión, y después él clavó los ojos en ella. Harley le dedicó una ligera sonrisa, trayendo a su memoria cada instante de la noche en que lo había conocido. El momento en que se habían enamorado.

Como si le leyera el pensamiento, Conan se inclinó y apoyó la frente sobre la suya.

—Fue esa noche —susurró.

Harley asintió levemente.

—Sí... fue esa noche.

Si te ha gustado
Una muchacha indecente
te recomendamos comenzar a leer
Lo que pasa en Las Vegas...
de *Eneida Wolf*



Prólogo

¿Que cómo empezó todo? Así fue.

Fulminé con la mirada al cura y el cura me fulminó a mí con la suya. Estuve un par de segundos aguantando el duelo hasta que parpadeé. Teniendo en cuenta que el hombre podría ser mi abuelo, no quería ser la causante de que le diese un infarto u algo por el estilo y que muriese —no prematuramente, dejémoslo claro—.

—Señorita, ¿está o no está usted casada?

Me lo estaba preguntando a mí. Yo, casada. Cuando me dio urticaria que mi perfecto novio sacase el anillo del bolsillo y en ese momento resultaba que ya estaba casada. Y no, cuando hizo esta pregunta, no había quinientas personas en la iglesia, solo el cura, Emma y yo, y tampoco iba vestida de blanco —gracias a Dios esto no había pasado el día de la boda, o al menos gracias a la iniciativa del siervo de Dios, ergo el cura—.

—No lo sé. ¿Puedo usar el comodín de la llamada? —acabé diciendo, pues esos temas no eran mi fuerte, así que rebusqué en el bolso mi teléfono.

—No estamos en un concurso televisivo. Esto es serio, ha venido aquí para que su testigo declare que no tienen ningún otro vínculo y así poder casarse. Pero no voy a poder hacerlo si está casada —declaró el hombre, enrojecido.

—La verdad, todo fue un poco confuso, padre. Ya sabe, Las Vegas es un lugar de perversión, orgía y desenfreno —soltó Emma, no ayudando en absoluto.

Debí traer a Aura como testigo, pero, como siempre, estaba ocupada con reuniones. Ella no se hubiese acordado del viaje a Las Vegas y, si lo hubiese hecho, no lo hubiera mencionado delante del cura, sino a mí en privado.

Mentira; si lo recordase, ella misma no dejaría que me casase, es una purista en todo lo que hace.

Ignoré durante un momento a Emma y llamé a un abogado, y el único con el que tengo vía directa es con mi hermano.

—¿Diga? —respondió con decisión.

—Daniel, una pregunta rápida. ¿Si te casas en Las Vegas, pero no lo inscribes, vale el matrimonio? ¿Estás casado de verdad? —Fui al grano, dada la urgencia.

—Aunque no esté inscrito en España en el registro, estás casado en Estados Unidos, solo que el matrimonio no produce efectos frente a terceros que lo desconocen.

—Vamos, que no puedo casarme aquí con alguien distinto, ¿no?

—No, a menos que quieras que te acusen de poligamia.

—¿Cómo? —exclamé asustada.

—Es broma. ¿Te casaste en Las Vegas?

—Creo que sí —susurré.

—¿Y quién fue el susodicho?

Aquí tenía dos opciones:

a) Decirle que hace cinco años mantuve una relación secreta llena de sexo salvaje con su mejor amigo, y que, por ironías del destino, nos casamos en Las Vegas.

b) Mantenerlo en la ignorancia.

Por supuesto, escojo la b.

—Nadie importante. Ya te llamaré, tengo al cura en espera.

—Arréglalo, hermanita.

No podía creerlo, todos mis planes se habían ido al traste. Y todo por ir borracha como una cuba en Las Vegas.

—¿Entonces? —preguntó el cura, que seguía esperando.

—No tendrá que officiar mi boda, aún. Pero volveré, se lo aseguro —le prometí.

Emma y yo salimos de la iglesia con las gafas de sol puestas y con la sorpresa auestas. Estaba casada, y no era con quien estaba prometida en la actualidad.

—Creo que necesitas urgentemente un comité de crisis —dijo mi amiga, recogiendo el cabello rojizo en un moño desordenado.

—Lo sé. Dios, necesito una copa y un divorcio exprés —exclamé, casi hiperventilando.

—¿Y qué piensas decirle a Gerard?

¿Que qué pensaba decirle a mi futuro marido?

—Tengo dos opciones: o le digo que la boda se pospone por falta de disponibilidad en la iglesia o le cuento la verdad.

—Primera opción, por supuesto, no quiero tener que acudir a tu funeral antes que a tu boda —musitó ella.

—Voy a ser la novia cadáver en este caso.

Definitivamente, aquello era, más que un bache en el camino, un barranco que cruzar.

La cuarta entrega de la serie Los Kinsberly
¿Qué opción puede haber en dos almas tan opuestas cuando la
atracción es irresistible?



El heredero de Valldhort está más que dispuesto a buscar esposa y cumplir con la responsabilidad para con el condado para el que fue educado. Es la estampa del honor y el decoro, por lo que parece una tarea fácil hasta que tropieza con la mujer más hermosa, insensata e indecente que pudiera imaginar.

La última joven soltera de los Kinsberly sabe cuál es ahora su deber, pero no está dispuesta a que su familia logre lo que siempre ha pretendido: cambiarla para conseguirlo. Conan sabe que ella no le conviene, pero la astucia de lady Harley

Kinsberly los llevará a un juego en el que, probablemente, ninguno de los dos gane.

Evelin Mordán. Nací el 9 de noviembre de 1994 en la República Dominicana, pero desde los tres años vivo en España, en Barcelona, ciudad en la que he cursado los estudios superiores. Mi vida dio un giro completamente cuando a los catorce años leí un libro de Laura Gallego García: *La emperatriz de los Etéreos*. La autora cautivó todos mis sentidos y transformó una chica que odiaba los libros en una joven que de pronto no podía vivir sin ellos. Pero fue un poco más tarde, al leer por primera vez una novela de Romance Histórico, cuando me descubrí a mí misma. *A Sir Phillip, con amor*, de Julia Quinn, me transportó a una Inglaterra desconocida para mí en la Historia.

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Evelin Mordán

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-76-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Una muchacha indecente

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Evelin Mordán

Créditos